

CARBOEIRO

La parroquia de Santa María de Carboeiro se encuentra en la comarca de Deza, municipio de Silleda, partido judicial de Lalín y diócesis de Lugo. Se localiza en el extremo septentrional del término municipal, limita al Este con las feligresías de San Cristovo de Martixe y San Pedro de Ansemil, al Sur con Santiago de Breixa, al Oeste con San Xoán de Saídres y al Norte con Santiago de Fontao y Santa María de Merza, estas dos últimas en el municipio de Vila de Cruces.

En el territorio parroquial se asientan dos iglesias románicas, la parroquial de Santa María y la del antiguo monasterio de San Lourenzo. Esta última, enclavada en un hermoso paraje natural y con un gran interés artístico, es el principal monumento de la parroquia.

La etimología del topónimo, citado en los textos como *Carbonario*, se deriva del carbón (*carbo-carbonis*) pero sin poder precisarse si a lo que se hace alusión es a un sitio de carbón o a un vendedor o fabricante de carbón (*carbonarius*).

Las noticias documentales las concentra, como es lógico, el monasterio. Su colección diplomática, dispersa en la actualidad y recopilada por Lucas Álvarez, permite conocer, de un modo relativamente preciso, la evolución histórica de la casa benedictina.

Aunque aporta datos sobre los intereses del monasterio en lugares tan distantes como las comarcas de O Carballiño o de O Salnés, sólo recogen una referencia a la iglesia parroquial en una donación de la aldea y la granja de Santa María de Carboeiro realizada por Froilán, hijo de Osorio, el 8 de enero de 1068. Aunque fue puesto en duda que se refiriese a la población de Santa María de Carboeiro por no aparecer el nombre completo, figura como ... *uilla prenominata sancte Marie de C...*, la delimitación de sus términos lo confirman.

Texto: AMPF

Bibliografía

ARES VÁZQUEZ, N., 1998, p. 305; BANGO TORVISO, I. G., 1987, pp. 189-195, esp. 195; CAÑIZARES DEL REY, B., 1946, p. 82; GARCÍA CONDE, A., 1955, pp. 215-216; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1957, pp. 549-572; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1958, pp. 221-308 y 547-638, esp. 261-262.

Iglesia de Santa María

LA IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA de Carboeiro dista de Silleda unos 6 km. Para llegar hay que seguir la N-525 en dirección Santiago. A medio kilómetro de la salida se gira a la derecha, tras 600 m en esta vía, en la rotonda, se continúa por la salida de la izquierda en dirección Merza. Trascorridos unos 4 km hay un desvío a la derecha que conduce hasta el templo que se encuentra aislado de la población en la ladera occidental de una colina.

La iglesia parroquial de Santa María ha sufrido las dos alteraciones más habituales en las iglesias románicas: modificación total de la fachada occidental y sustitución

del presbiterio por uno de mayores dimensiones. De la primitiva fábrica románica sólo se conservan el cuerpo de la nave, tal y como denuncian la colección de diez canecillos que animan cada uno de los aleros y la tradicional pareja de saeteras estrechas rematadas en arco de medio punto.

En el exterior los muros se encuentran encalados; en algunas partes, donde se ha perdido parcialmente esta capa, se puede apreciar que se compone de lajas y piedras irregulares y de pequeño tamaño asentadas unas sobre otras. Esta estructura se puede apreciar perfectamente en el interior del templo, donde los muros están desprovistos

de la capa decorativa que los cubría. En el interior las ventanas se abren abocinadas y cerradas en la parte superior con un único sillar tallado en arco de medio punto. Junto a las ventanas también se encuentra en el muro meridional la puerta lateral que, aunque en el exterior pasaba desapercibida por estar cegada y encalada, se abre a la nave como un arco semicircular dovelado al que se colocó con posterioridad una losa que actúa como dintel.

El elemento más significativo del edificio es el alero que cuenta con canchillos figurados con motivos variados. Está compuesto por cobijas en chaflán recto sin decorar que se asienta sobre una línea de canes separados por metopas graníticas de tamaño homogéneo. Los canchillos presentan en el muro septentrional una mayor simplicidad, se cortan en curva de nacela y sólo dos de ellos reciben decoración; uno con un cilindro dispuesto longitudinalmente y otro que, aunque está muy deteriorado para una exacta identificación, representa el cuello y la cabeza de un animal. Los canes del muro sur presentan gran variedad decorativa, siendo los motivos representados los siguientes: un cuadrúpedo que adopta una postura contorsionada con la cabeza girada en 180 grados; una hoja apuntada en cuyo vértice pende una bola; una hoja rematada en el extremo superior por una voluta; un ser de aspecto humano, aunque

por la tosquedad representativa no se puede aseverar, que está sentado con uno de los brazos apoyado en su rodilla, mientras la otra mano se dispone entre la nuca y oreja; tres vigorosos modillones; una voluta estriada; otro animal con la cabeza girada; un animal, de rasgos poco definidos por el desgaste de la piedra, que lleva a la boca un disco o fruto; un nuevo animal que muerde sus patas traseras, siguiendo las descripciones de algunos bestiarios, podría ser un lobo; y el último es una curva de nacela con una forma cuadrangular en el remate.

La disposición del alero con una hilada de sillares que destacan sobre el muro de mampostería encalado es poco habitual en la zona central de Galicia, donde la piedra granítica es abundante. No se recurre a este tipo de paramentos en el románico, sino que se realiza con los característicos sillares graníticos perfectamente escuadrados. Este tipo de estructura, con las dos líneas superiores de sillares regulares sobre muro encalado se da Santa María de Bermés y San Xoán de Palmou, y sobre un muro inferior con sillares en San Martiño de Prado, todas ellas en el municipio de Lalín. Se trata de edificios prerrománicos que en época románica, en lugar de destruir la estructura precedente para construir un edificio románico, recurrieron a remozarla incorporando los elementos más característicos



Exterior



Canecillos del muro sur

del nuevo estilo. Para ello se abrieron las saeteras estrechas en el exterior y con amplio abocinamiento interno y se dispuso un alero con canes figurados.

Las características de los canecillos del alero apuntan a que el taller que trabajó en Santa María de Carboeiro estaba configurado por maestros canteros familiarizados con las formas tradicionales de canecillos y no con la fábrica del cercano monasterio de San Lourenzo. El tema del lobo mordiendo las patas como castigo autoinfligido por una falta, leído bajo la óptica cristiana como la penitencia tras el pecado, es representado en otras iglesias próximas como Bermés o Palmou; es en esta última en la que se representa de un modo similar: el animal introduce ambas patas traseras en la boca. En el caso de Santa María de Carboeiro la forma de mostrar al lobo, al igual que los animales que contorsionan su cuerpo, no responde al esquema tradicional de colocar los animales con la espalda dispuesta aprovechando la curva de la nacela, sino situando las patas traseras curvadas pegadas a la misma. Esta manera de estructurar el canecillo hace que los animales tengan un cuerpo desproporcionado, con los cuartos traseros extremadamente largos que contrastan con las patas delanteras, muy cortas. Junto con los modelos más habituales, como los descritos hasta el momento o los vegetales, conviven

otros que son peculiares, como el animal que parece comer o el hombre sedente, que posiblemente sea una crítica a las costumbres de los hombres rústicos.

La diferencia de decoración en los canecillos, en función de la fachada en la que se ubiquen, no entra en conflicto con que todos ellos sean originales, ya que es frecuente que las canecillos situados en el frente en el que se abre la puerta lateral tengan un mayor esmero decorativo y una mayor insistencia en el uso de elementos figurados, puesto que detrás de cada una de las figuras se encontraba una lectura moral, motivo por el que se disponían en los lugares más visibles para cumplir la misión adoctrinadora.

La cronología que facilitan las esculturas del alero sitúa al edificio en el último cuarto del siglo XII.

Texto y fotos: AMPF

Bibliografía

BANGO TORVISO, I. G., 1979, p. 117; FILGUEIRA VALVERDE, J., 1944, p. 168; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1957, pp. 549-572; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1958, pp. 221-308 y 547-638.

Monasterio de San Lourenzo

EL ANTIGUO MONASTERIO de San Lourenzo de Carboeiro se halla ubicado en el Lugar de Franza, perteneciente a la parroquia de Santa María de Carboeiro. Se accede a él, desde Pontevedra, bien por la carretera nacional 640 hasta el cruce en Chapa, en el mismo municipio de Silleda, con la nacional 525, tomando a continuación, a más o menos 2 km, una desviación a la izquierda que nos conduce hasta el cenobio; bien por la nacional 541 hasta el cruce de Folgoso (Municipio de Cerdedo), donde se cogerá la carretera provincial 534 hasta Cachafeiro (Municipio de Forcarei) y desde aquí, pasando por Aciveiro, hasta Silleda, desde donde, poco después de atravesar el núcleo urbano y en dirección a Santiago por la nacional 525, se tomará una carretera local a la derecha que lleva directamente al monasterio. Dista 8 km de la capital municipal y 78 o 76, según se vaya por Chapa o por Folgoso, de la de la provincia.

El monasterio se asienta en un paraje de gran belleza, en lo alto de una pequeña península rodeada por uno de los meandros que en esa zona forma el río Deza, afluente del Ulla. Hace poco más de treinta años el complejo monástico, espectacular en cualquier caso, era en buena medida un conjunto semiderruido y en parte cubierto por la vegetación. Intervenciones sucesivas llevadas a cabo a partir de los años setenta del pasado siglo, dirigidas sucesivamente, primero por E. Barreiro, después por R. Baltar, J. A. Bartolomé y Almuña, y finalmente por I. Seara, por más que quepa cuestionarlas en algunos aspectos, han permitido su recuperación y puesta en valor, propiciando que pueda gozarse hoy de uno de los grandes monumentos peninsulares de su tiempo.

Es confuso, hecho, por lo demás, nada infrecuente en el panorama monástico hispano, el proceso fundacional de Carboeiro. Según el Padre Yepes, que escribe a principios del siglo XVII, en el lugar que ocupa el cenobio "hubo antiguamente una ermita que poseyó un hombre llamado Egica y alrededor tenía algunas granjerías". Todas se las compraron el conde Gonzalo Betótz y su esposa Teresa, hija de Ero, conde de Lugo, quienes en el año 936 procedieron a la dotación del monasterio. Éste, sin embargo, ya existía antes de esa fecha, pues hay referencias documentales de tal hecho, con donaciones de los propios condes y de su hija Aragonta, en el año 922, situación que ha llevado a interpretar (así lo hace M. Lucas Álvarez) la actuación de 936, que él sitúa en 926, "como la justificación y entrega oficial a la naciente comunidad de Carboeiro de las pequeñas donaciones que antes les habían hecho". Las cosas, sin embargo, debieron de haber sucedido de otra

manera, siendo muy probable que el origen de la disparidad esté, salvo que, en efecto, fundación y dotación sean en este caso dos acontecimientos distintos, separados por varios años, en una deficiente lectura por parte de Yepes del instrumento que invoca, verosíblemente otorgado en una fecha anterior a la que él consigna. Sólo así tendría sentido lo que dice sobre la actuación de la condesa Teresa en relación con el monasterio tras la muerte del Conde, interviniendo tanto en la elección del abad Félix, el primero documentado como tal (lo era ya, según las referencias de M. Lucas, el 13 de octubre de 936), como en la preparación de la dedicación y consagración de la iglesia comunitaria, ceremonia presidida por Ero, obispo de Lugo, en la que participó también Rosendo, sobrino de la fundadora, ya por entonces retirado en el monasterio de Celanova. Sea como fuere, en el año 922, en todo caso, Carboeiro ya existía como cenobio.

No mucho tiempo después de lo reseñado, tras el fallecimiento de la fundadora y gran auspiciadora del monasterio, la condesa Teresa, y como consecuencia en último término, tal como señala Yepes, de conflictos internos, Carboeiro, que había conocido tiempos de esplendor, entró en una etapa de profunda decadencia. Se recuperará, según señala un documento del 5 de enero de 999, por iniciativa del rey Bermudo II, quien encargó esa tarea de recuperación del cenobio, tal vez deteriorado también en lo material en 997 por la actuación de las tropas de Almanzor, a Trasuario, monje de la propia comunidad, el cual contará para ello con la ayuda de Anscario, presbítero.

Nada parece alterar la vida del monasterio a lo largo del siglo XI, época en la que están documentados sucesivamente, tras el citado Trasuario, los abades Tanito, Alderato, Munio, Aranemiro o Ramiro y Alfonso, cuyo mandato llega hasta la segunda década del siglo XII. Fue ésta, sin duda, la centuria de mayor apogeo de Carboeiro, protegido por los reyes, muy activo económicamente y regido por superiores tan destacados como Froila (documentado en 1131), Fernando (mencionado ya en 1162) y Pedro Fróilaz (citado como electo el 17 de abril de 1192), abades a quienes habremos de referirnos, en particular al segundo, fallecido, según atestiguaba su epígrafe sepulcral, hoy desaparecido, en 1192, cuando estudiemos la iglesia abacial, por él iniciada y en buena medida también construida.

Dos hechos importantes en la vida del monasterio, ambos de muy imprecisa datación, se produjeron en el transcurso de la centuria últimamente invocada: de una parte, la adopción, como norma básica de su quehacer co-

tidiano, de la *Regula Benedicti*, un sometimiento que, si bien se ha situado en alguna ocasión, por deducción y contexto, en torno al año 1100 (J. Pérez Rodríguez), no cuenta con una sola mención específica, más allá de los indicios genéricos, en toda la documentación medieval de la Casa publicada hasta la fecha; de otra, su incorporación al patrimonio de la sede compostelana, de la que ya dependía, según atestigua una bula otorgada por Inocencio III, en el mes de julio del año 1199.

El siglo XIII, pese a la protección real, verá, tal como acontece en general con el resto de instituciones análogas en Galicia, la paulatina pérdida de protagonismo de Carboeiro, un declive, acentuado durante las dos centurias siguientes, que lo llevará a su extinción como organismo autónomo. Se materializará esta desaparición, tras la muerte de Fray Manuel Sánchez, último abad de la Casa, en 1499, año en el que, el 13 de julio, Fray Rodrigo de Valencia, prior del monasterio de San Benito de Valladolid, encargado de introducir la reforma promovida por los Reyes Católicos en los cenobios benedictinos gallegos, incorpora Carboeiro al de San Martín Pinario de Santiago.

Una bula de Alejandro VI, expedida el 23 de septiembre de 1500, sancionará esa integración.

A partir de 1500, pues, Carboeiro deja de existir como monasterio. Será desde entonces uno más de los prioratos dependientes de San Martín Pinario. A su frente se encontrará, bajo la dependencia directa del centro compostelano, un monje que recibirá el título de prior, encargado sobre todo de gestionar los intereses económicos de aquella abadía en la zona. Para nuestro cometido específico, sólo cabe señalar una referencia significativa de los años de la Edad Moderna: la construcción en 1794, en las estancias del viejo cenobio y con la ayuda de los vecinos, de una cárcel para los monjes de la comunidad santiaguesa.

La desamortización de 1835 conllevó el abandono del complejo monástico, hecho que, como sucedió en otros muchos casos, supuso el inicio de su paulatina ruina, avanzada ya en el tramo final del siglo XIX y continuada durante buena parte del siguiente. Iniciativas puestas en marcha en la década de 1970 y desarrolladas en los años posteriores, permitieron, aunque tardíamente ya, poner fin a tan lamentable proceso de destrucción, acometiéndose

Fachada meridional



en paralelo, con criterios no siempre merecedores de elogio, la reconstrucción de la iglesia y de las dependencias adyacentes, en este caso ubicadas en su costado norte.

IGLESIA MONÁSTICA

Se halla emplazada, como ya se dijo, en un altozano enmarcado por un meandro del río Deza (*Retorta*, con pasmosa precisión terminológica, se denomina el lugar, como oportunamente recuerda M. Lucas, en un documento datado el 12 de febrero de 1075). La exigüidad del espacio disponible no sólo condicionó las dimensiones del templo, con un cuerpo longitudinal corto (únicamente tres tramos); obligó también, para poder conferir mayor envergadura a la cabecera, realmente espectacular, a construir, prolongando el ámbito de su asiento hacia el Este, una cripta que sirve de basamento a aquélla. Su funcionalidad fue ya advertida a principios del siglo xvii por el Padre Yepes, quien dice, al mencionar las capillas que posee, "que no solo se hizieron por grandeza, sino por necesidad".

La cripta, en su organización, anticipa la que ofrecerá la cabecera de la iglesia superior. De aplastante simplicidad, consta de una girola y tres capillas radiales. Éstas, tangentes, se componen de un tramo recto presbiterial, cubierto por bóveda de cañón, y un hemiciclo de cierre, algo más estrecho, coronado a su vez por otra de horno. No se acusan externamente, embutiéndose en una estructura semicircular, a la manera de un gran ábside, en ocasiones comparada, por su disposición y efecto, pese a que es de menor envergadura, con el cierre de la cabecera de la catedral de Ávila, conocido popularmente como el "cimorro".

El deambulatorio, delimitado a oriente y occidente por poderosas pilas, entregas las primeras, exentas las segundas, cuatro en cada costado, unas y otras rematadas por una imposta constituida por un listel superior y un chaflán inferior, lisos los dos, consta de cinco tramos trapezoidales, de menor superficie los de los extremos. Se cubren los cinco con bóveda de arista.

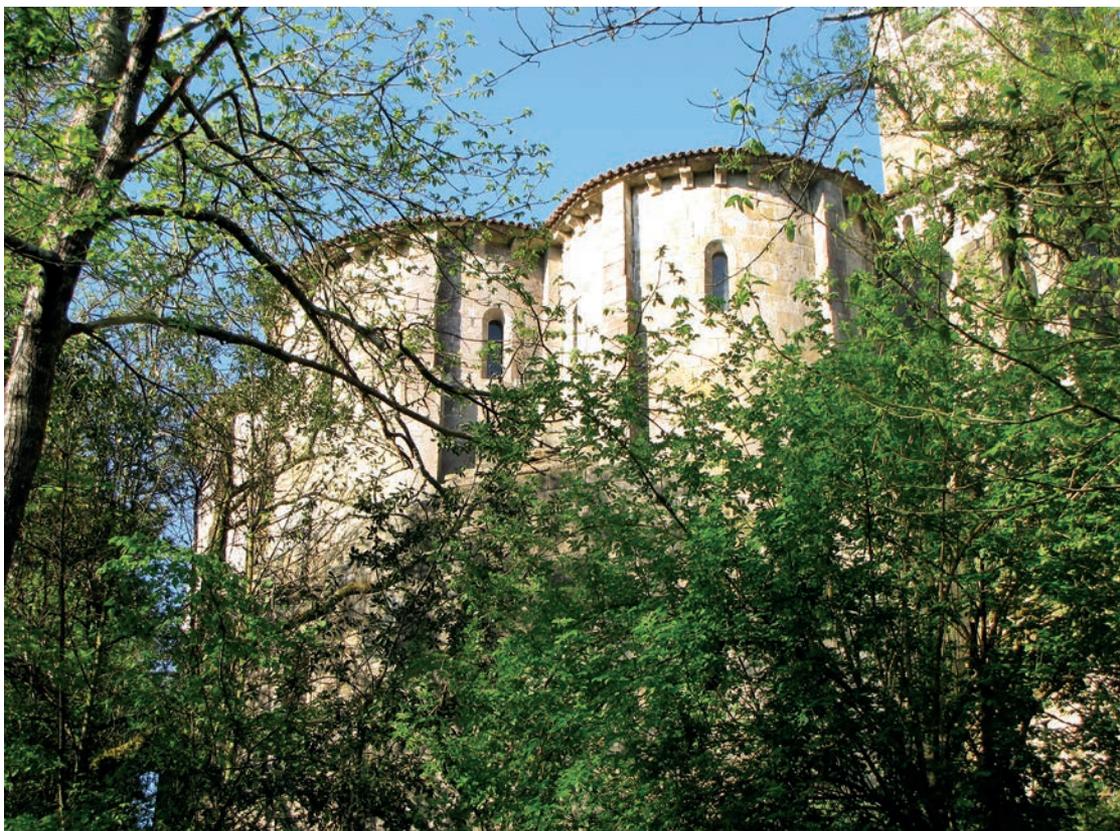
Todos los arcos de la cripta (los triunfales de acceso a las capillas, los fajones de separación de los tramos de la girola y los formeros de enlace de las pilas occidentales) son simples, peraltados y de sección prismática lisa. Salvo uno de los formeros, claramente apuntado, los restantes son de medio punto, evidenciándose en alguno, no obstante, una incipiente tendencia al apuntamiento. Voltean los primeros, los formeros, mediante impostas idénticas a las descritas, sobre pilastras asentadas encima de la plataforma que genera la moldura que culmina las pilas, punto de arranque de los demás arcos de la estancia.

Se accede a la cripta, escasamente iluminada (sólo recibe luz natural a través de las saeteras de doble derrame, una en cada caso, que perforan el hemiciclo de las capillas radiales), por medio de dos escaleras de caracol emplazadas, una en cada costado, en los tramos occidentales de la girola.

La iglesia abacial, cuyo cuerpo oriental se asienta sobre la cripta, ofrece una planta de cruz latina, con tres naves de tres tramos, los de la central más anchos, en el cuerpo longitudinal; crucero saliente, con cinco tramos, dos por brazo, y cabecera compuesta por una capilla mayor poligonal (pentagonal exactamente) rodeada por una girola de cinco tramos a la que se abren, en los tres espacios centrales, otras tantas capillas radiales tangentes, todas con cierre semicircular precedido por una parcela recta. Otras dos capillas, una por lado, de análoga configuración, embutidas en el muro, no acusadas, pues, externamente, se disponen en los brazos del crucero en su costado de naciente.

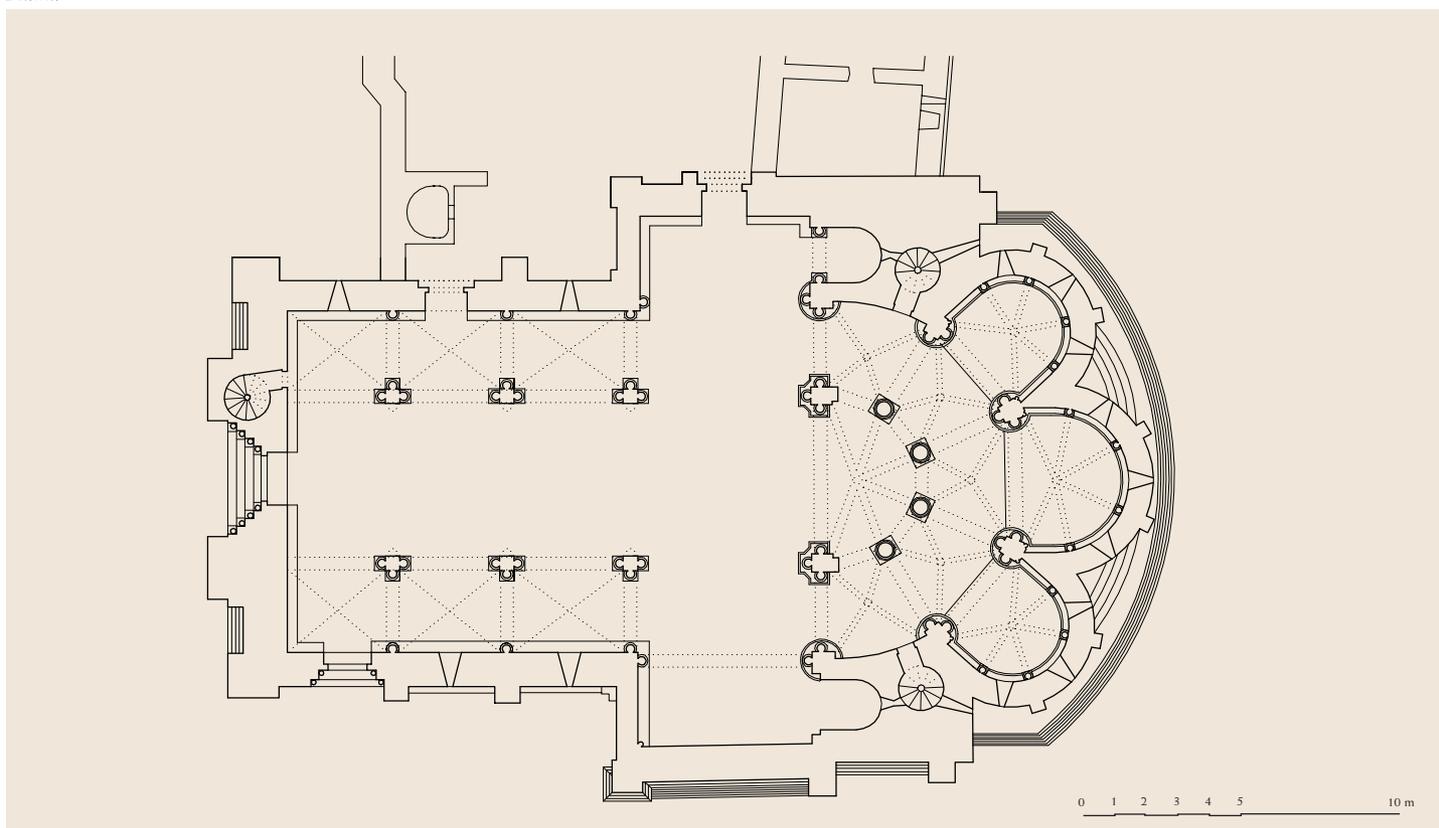
Es la cabecera, más allá de su incuestionable grandiosidad, más notoria, si cabe, dado lo exiguo, por limitaciones de espacio, del cuerpo longitudinal, la zona más interesante y novedosa del edificio. Su esquema, sin precedentes en Galicia, es muy similar, en esencia (se diferencia sólo, en lo que a tipología se refiere, por su menor tamaño), al que ofrece la abacial cisterciense de Santa María de Moreruela (Zamora), con el que están emparentados los de las iglesias, asimismo cistercienses, de Veruela (Zaragoza), Fitero (Navarra), Poblet (Tarragona) y, en buena medida también, Gradefes (León), una configuración que, como tuve ocasión de comentar en otros lugares a partir del análisis de todos los testimonios invocados, debe de tener su punto de partida, fusionando ingredientes de filiación diversa, en alguna empresa borgoñona hoy desaparecida y desconocida. Soluciones como la apertura de capillas a los brazos del crucero y el vocabulario constructivo y decorativo empleado en buena parte de la parcela que nos ocupa, como se dirá más abajo, avalan plenamente esa progenie.

El cuerpo longitudinal del edificio, reconstruido en los últimos años (son fáciles de apreciar las piezas de nueva factura), consta, como se indicó, de tres naves de tres tramos, más anchos los de la central —el doble— que los de las laterales. Aquélla, a juzgar por la información material, documental y gráfica disponible, no llegó a recibir en su totalidad cubierta abovedada, de nervios, aunque sí se previó y se inició (algunos autores aseguran, sin datos, que sí se construyó, defendiéndose también que fue de cañón apuntado). Una techumbre de madera a dos aguas, asentada sobre arcos fajones ligeramente apuntados, de perfil rectangular, acabaría coronándola (remeda esa ordenación



Ábsides

Planta



la cubierta actual). Se apoyaban aquellos arcos en columnas entregas cuyos fustes, truncados, remataban, a la altura del arranque de los formeros, en ménsulas, algunas decoradas con motivos vegetales, ornato que exhiben asimismo todos los capiteles.

Una ventana alargada, con amplio derrame y organización muy sencilla (exhibe arco de medio punto de aristas vivas apeado directamente en las jambas, también sin molduración ni decoración alguna), se abre en la zona alta de cada uno de los tramos. Bajo ellas se disponen los formeros, de medio punto, peraltados y doblados, los dos de sección prismática lisa. Voltea la dobladura, sin separación de ningún tipo, sobre el núcleo del pilar, haciéndolo el arco inferior sobre columnas entregas, de fustes lisos despezados en tambores, basas áticas con toro inferior aplastado y capiteles vegetales. No responden a esta ordenación las respensiones de los formeros occidentales. En ellas los fustes se cortan (constan de sólo dos tambores), rematándolos, como en la nave central, una ménsula decorada.

Los pilares que separan las naves, muy sencillos, responden al modelo común de tiempos románicos. Se componen, asentados sobre basamentos prismáticos muy simples, de un sólido núcleo cuadrangular, aristado, y una columna empotrada en cada uno de sus frentes, la de la nave central, como ya vimos, amputada antes de llegar al suelo.

Las naves laterales, con acusado desnivel hacia poniente, se cubren con bóveda de crucería cuatripartita, todas con la clave decorada con motivos fitomorfos. Los nervios, compuestos por un baquetón enmarcado por naceles, molduras, las tres, lisas, arrancan, enjarjados, de los ángulos formados, en un lado, por los arcos fajones que delimitan los tramos y el formero, y, en el otro, por los mismos fajones y el muro perimetral de cierre.

Los arcos fajones, simples, son semicirculares y peraltados. Se apoyan, hacia la nave central, en columnas embebidas idénticas a las que reciben los formeros; en el frente opuesto lo hacen sobre respensiones que, como tales, nada ofrecen de novedoso. De ellas, con todo, es preciso resaltar dos datos: se alzan sobre un banco de fábrica, más alto el del lado sur, de arista perfilada por baquetón liso, que actúa como basamento del muro, y los cimacios de los capiteles, de nacela simple, se prolongan en imposta por el frente de ese mismo muro, continuidad cortada por las ventanas en el lado norte, más largas que las fronteras, sin duda como consecuencia de la necesidad de adaptarse a las exigencias impuestas por el claustro, que se emplazaba en ese flanco; respetada, alzándose por encima de ella los vanos, pues, en el costado meridional. Todas las ventanas,

en cualquier caso, responden al modelo que exhibe la nave mayor, excepción hecha de la central del lado norte, cuyo arco, practicado más abajo que los dos adyacentes, ofrece unos recortes que lo asemejan, en esencia, a un arco lobulado.

Se reforzaba la iluminación de las naves con tres rosetones, uno en cada una, ubicados en el muro occidental. El de la nave principal, descentrado, no pertenece al impulso constructivo inicial del edificio. De vistosa tracería y con chambrana decorada con puntas de diamante, es producto de una reforma llevada a cabo en el siglo XIV (verosímilmente *ca.* 1322, año que figura, como se verá, en un epígrafe conservado en la misma fachada, por el exterior), generada por la construcción de una torre. Del anterior, de mayores dimensiones y centrado, quedan huellas evidentes en el muro. Los de las naves laterales, por el contrario, sí pertenecen a la estructura primera del templo. De menores dimensiones, exhiben también una cuidada tracería, incompleta la del ubicado en el lado norte.

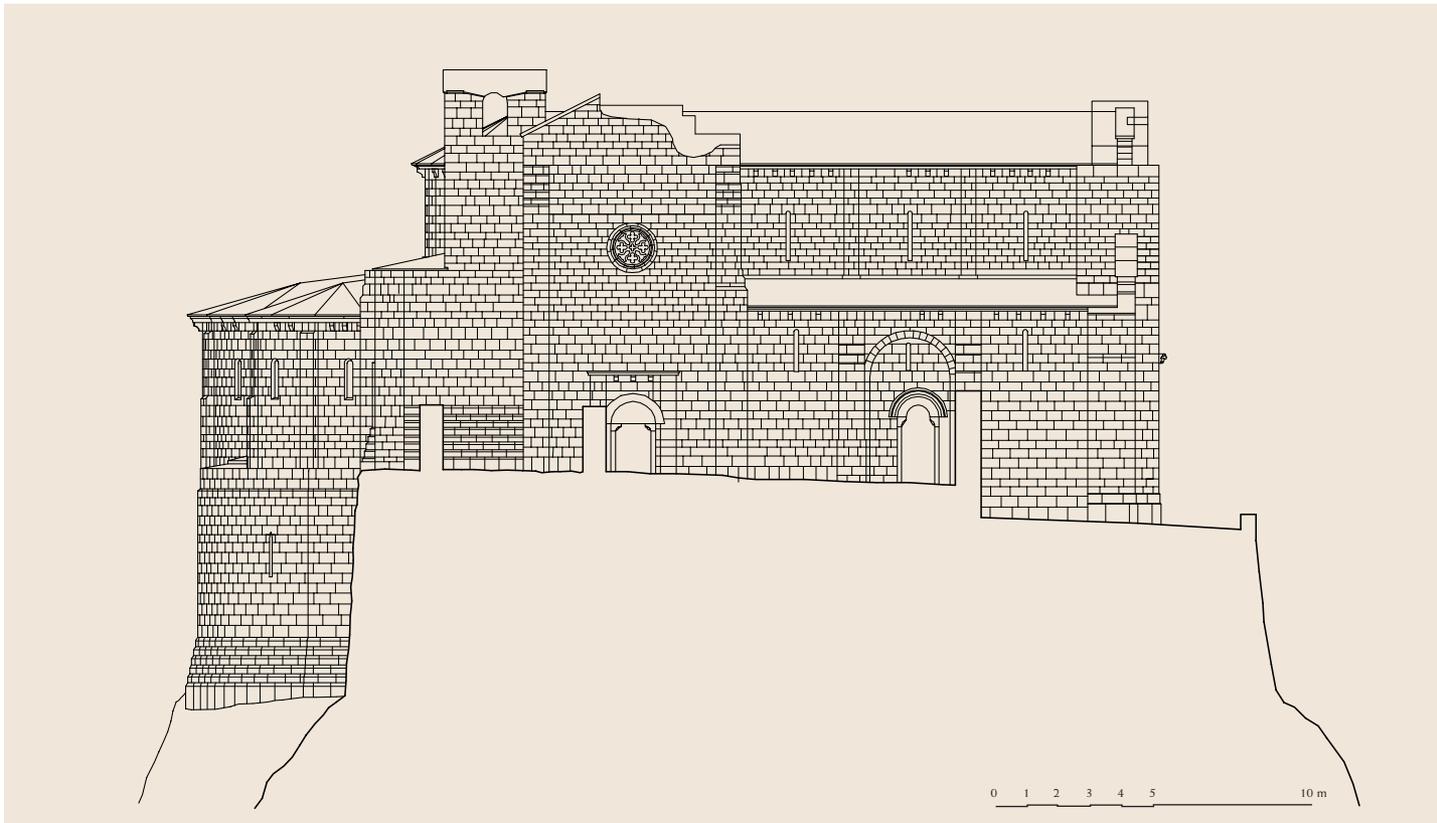
Tres puertas de comunicación con el exterior se abren a las naves, las tres, una en el tramo oeste de la meridional, otra en el central de la del flanco septentrional y la tercera a los pies de la nave mayor, idénticas en su conformación por el interior: se cierran con un sencillo arco de medio punto aristado, volteado directamente sobre las jambas, también sin moldura ni ornato. Una cuarta puerta, todavía más simple (un hueco rectangular sin más, coronado por un dintel que quiere ser pentagonal), debe ser mencionada en el cuerpo longitudinal del templo. Se ubica en el frente oeste de la nave norte y sirve de acceso a la escalera de caracol practicada en el interior de la torre añadida ya mencionada, desde la cual se gana también la plataforma a modo de tribuna, de escasa proyección, emplazada, aprovechando el grosor del muro de poniente, sobre la puerta principal de comunicación con el templo.

Un último dato, de enorme interés, por otra parte, hay que destacar de las naves: el epígrafe que se halla en el paramento interior del primer tramo, contando a partir del crucero, de la colateral sur. Dice lo siguiente:

E : I : CC : VIII : K(alendas) : I(u)l(ia)S : HOC TEMPLUM
: FUNDAVIT : ABBAS : FERNANDUS : CU(m) : SUORUM : CA-
TERVA : MONACORUM

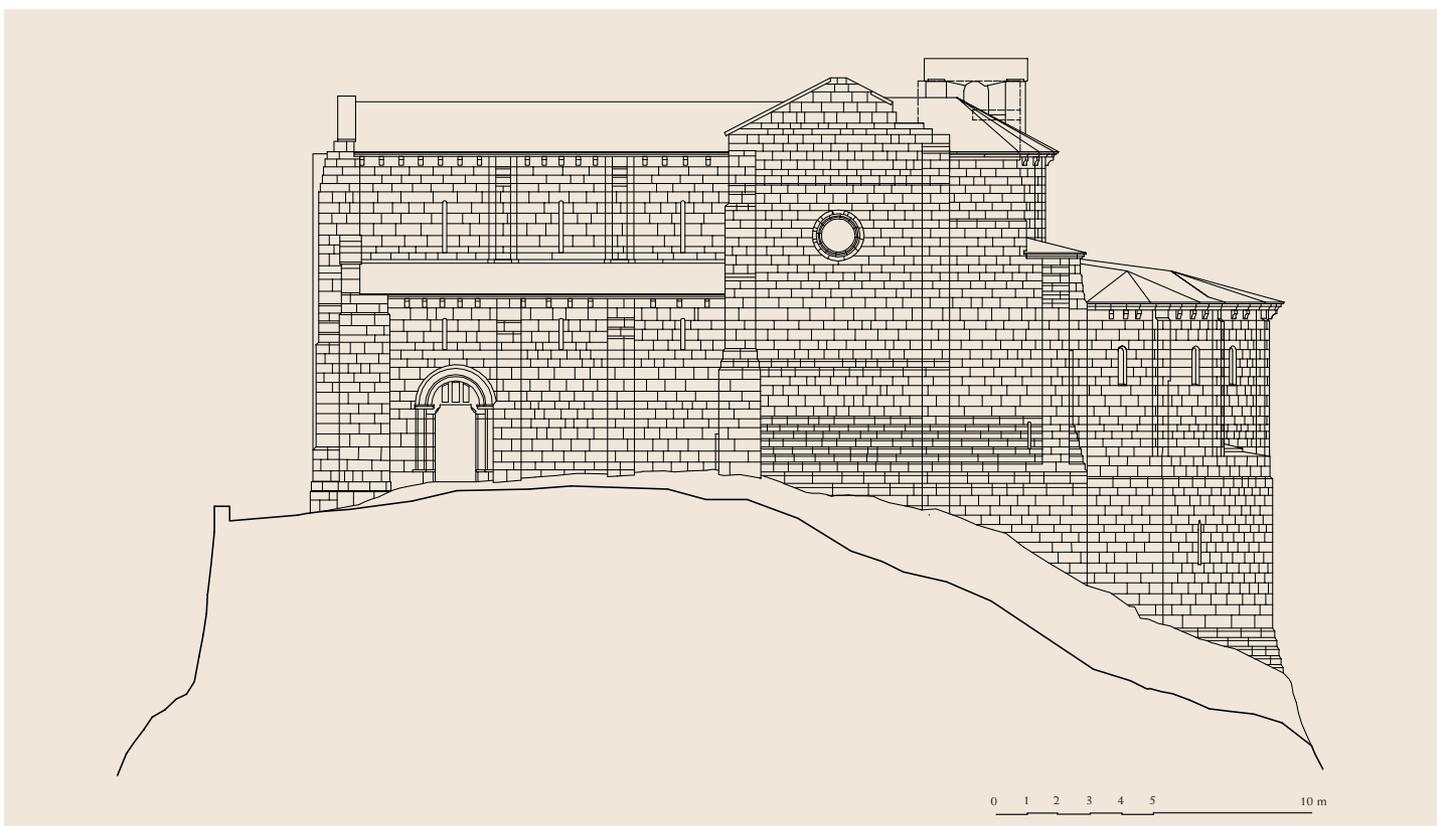
Esto es: "El 1 de julio de la era 1209 (año 1171) fundó este templo el abad Fernando con su caterva de monjes".

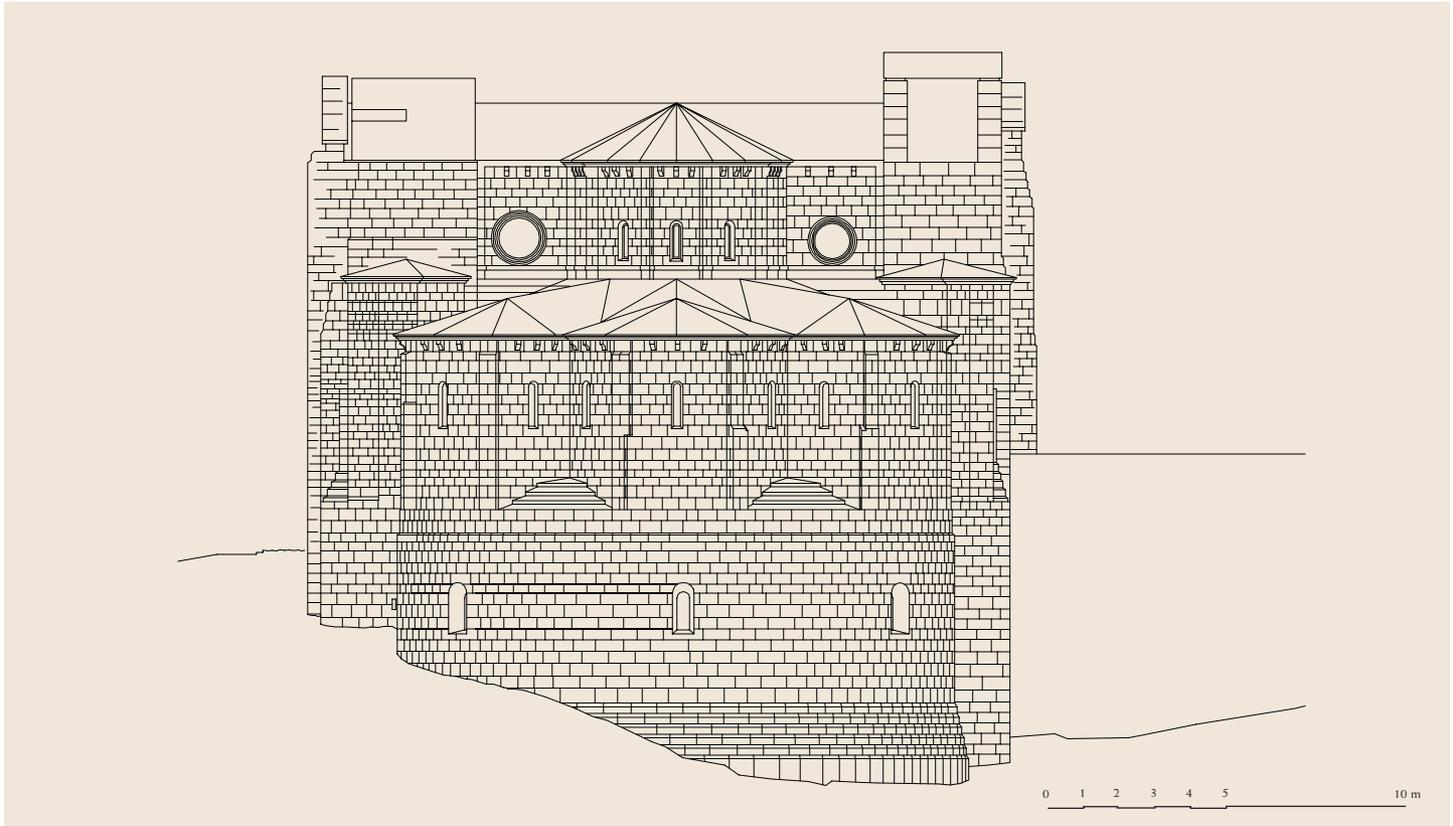
El crucero, marcado en planta y en alzado, posee una sola nave. Cada uno de sus brazos consta de dos tramos, abriéndose en los extremos, en su costado oriental, una capilla de cierre semicircular precedido de tramo recto. No



Alzado norte

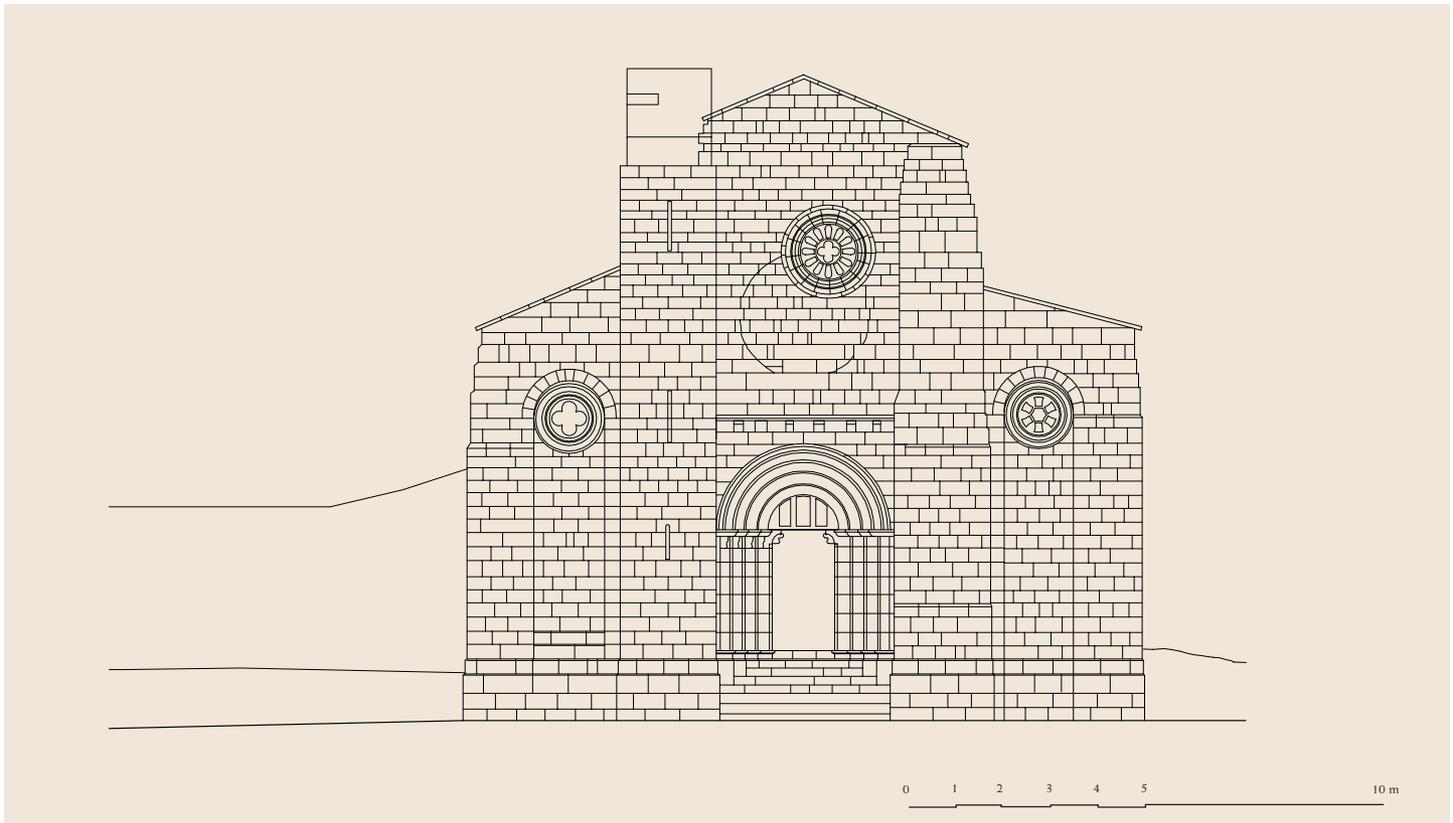
Alzado sur

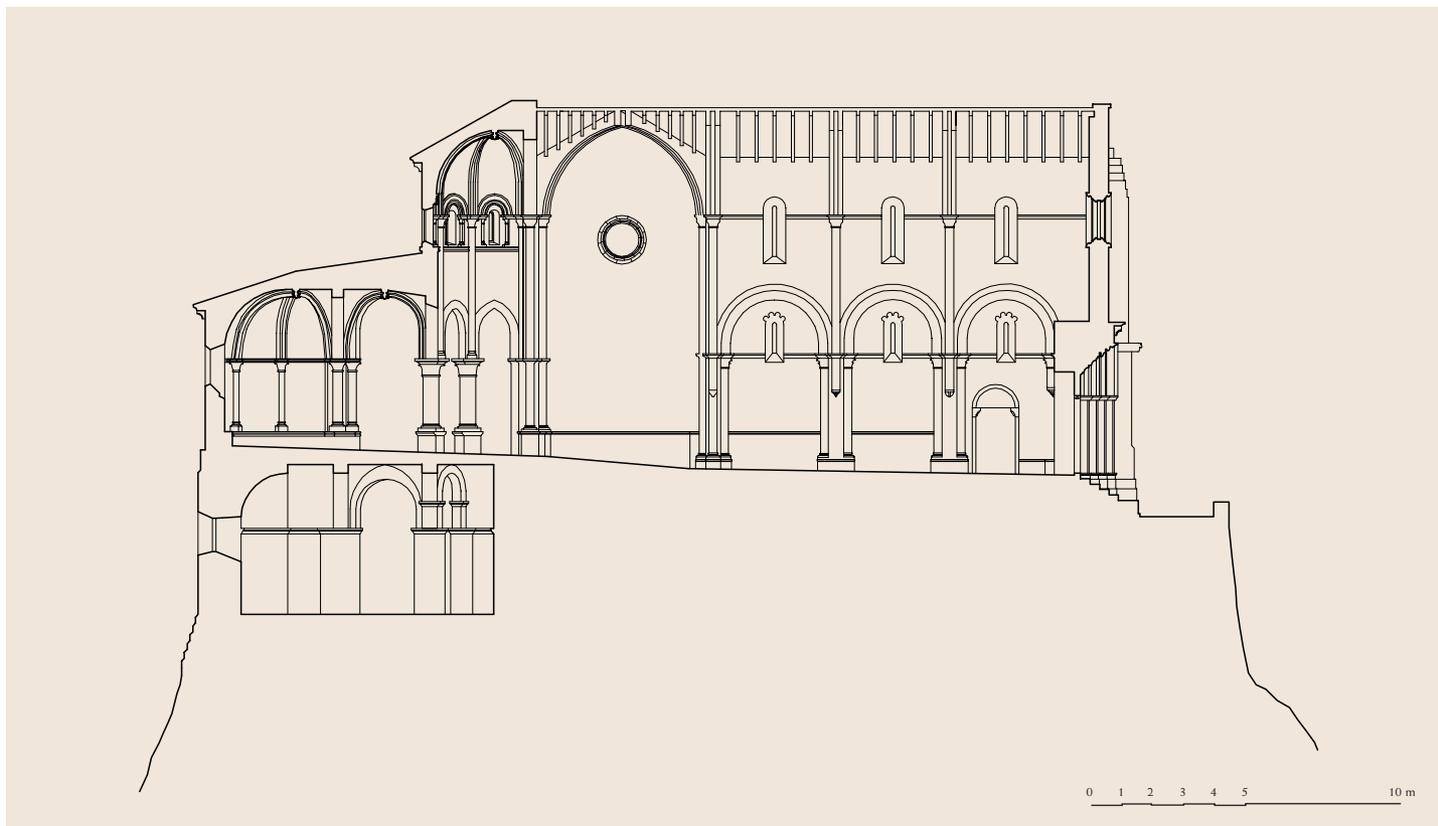




Alzado este

Alzado oeste





Sección longitudinal

se acusan externamente, quedando embebidas, como ya se dijo, en el espesor del muro. Se accede a ellas por medio de arcos apuntados y doblados, ligeramente cerrados en su arranque, lo que los convierte en arcos de herradura, perfil que exhibe asimismo la bóveda de cañón que cubre el tramo recto, continuada sin ruptura por otra de cascarón sobre el hemiciclo. Los arcos de ingreso se decoran con una combinación de molduras convexas y cóncavas lisas, de mayor simplicidad las que ostenta el dispuesto en el flanco norte. Reposa la dobladura, mediante imposta, sobre el muro y el machón, haciéndolo el arco menor sobre columnas entregas, con fustes de tambores, basas áticas y capiteles vegetales cuyo cimacio, compuesto por una sucesión de molduras lisas, se prolonga en imposta por el interior de la capilla (señala el arranque de la bóveda) y el frente del muro. Una pequeña ventana con arco de medio punto liso se dispone en el centro del tramo semicircular, cortando la de la ubicada en el lado norte, no la opuesta, el desarrollo de la mentada imposta.

En los testeros de los brazos del crucero, en la parte alta, se abren sendos rosetones. Tenían ambos tracería geométrica bellamente resuelta, habiendo desaparecido ya, lamentablemente, la del emplazado en el lado sur. Sus arquivoltas, tóricas y únicas, están enmarcadas por una

chambrana decorada con hojas dispuestas radialmente. Otros rosetones, de menor diámetro, se disponen sobre los arcos de ingreso a la girola y a las naves laterales, completándose la iluminación de la nave con ventanas, idénticas a las descritas en el cuerpo longitudinal, ubicadas en lo alto del costado oeste de los tramos extremos.

Una sola puerta se abre en el crucero. Se sitúa, descentrada, en el cuerpo inferior del testero norte. Comunicaba con el claustro. Reitera, por este lado, el esquema comentado al describir las emplazadas en los muros perimetrales del bloque longitudinal de la iglesia. Su construcción rompe el desarrollo del basamento, de arista redondeada, sobre el que se alza el muro, mereciendo reseñarse que la altura de la parcela situada al Este es superior a la del otro costado.

El crucero, al menos en su estado inmediatamente anterior al derrumbamiento de finales del siglo XIX, posterior a la descripción que de él hace Antonio López Ferreiro en su novela *O niño de pombas*, publicada, con datos tomados antes, en 1905, estaba cubierto por una techumbre de madera apoyada en arcos fajones ligeramente apuntados y de sección prismática lisa. Su apeo era idéntico al de los fajones de la nave mayor, diferenciándose de éstos en que las columnas no están truncadas, sino que arrancan desde el suelo.



Interior de la nave central

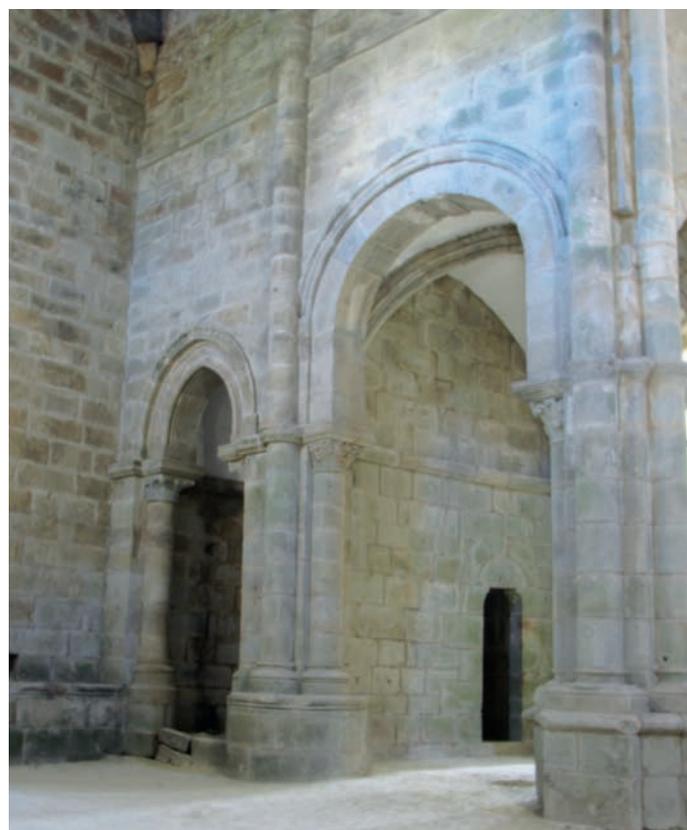


Detalle de la girola

Crucero sur



Crucero norte



Sobre la previsión inicial de cubrición del crucero comparto la opinión de quienes, a partir de lo que cabe deducir de la fábrica actual y de la información que nos proporcionan viejas fotografías, afirman que, al igual que en la nave central del cuerpo longitudinal, se pensó en dotarlo de bóvedas de crucería, comenzadas sin duda (hay restos de arranques de nervios) y después descartadas. No está claro el motivo de esta alteración de planes. A mi modo de ver, tal como se dirá más abajo, es verosímil que haya de relacionarse con el cambio de talleres que se produce en la abacial de Carboeiro cuando estaba en marcha la ejecución de la cabecera y el crucero, cuyo brazo sur, en su materialización primera, es anterior al norte, siendo éste de configuración más simple, no estando preparado ya desde abajo para recibir ese tipo de cubiertas (las esquinas del testero meridional, una, la del oeste, con una columna, otra, la del este, con un saliente del muro, sí lo están), falta de adecuación, fruto quizás del desconocimiento del nuevo sistema, que tuvo como última consecuencia una modificación del proyecto de cubiertas.

Para finalizar la descripción del crucero debe retenerse que en el testero sur se conservan todavía los restos de un arcosolio funerario. Cerca de él se dispone ahora, torpemente instalada, una estatua yacente. Viene atribuyéndose erróneamente al citado abad Fernando, pero es muy posterior. Del enterramiento de Fernando, sin embargo, sólo consta la existencia en el pavimento del templo, cerca del presbiterio, de una losa sepulcral, hoy desaparecida, cuyo epígrafe publicó ya en 1868 Antonio López Ferreiro. Su lectura, combinada con la ofrecida por Jesús Carro García, quien alcanzó a verla en 1927, ya incompleta, fuera del recinto monástico, sería la siguiente:

ABBAS FERNANDUS IACET HOC TUMULO VENERANDUS MORIBUS ORNATUM FIRMUNT DICUNTQUE BEATUM REGES MAGNATES PROCERES REGNIS OTENTES CLARUS MAGNIFICUS PROBITATIS SEMPER AMICUS GAUDAT IN PACE CELI FERNANDUS IN ARCE ERA MCCXXX IDUS FEBRUARI

La cabecera, grandiosa ciertamente, es la parcela más vistosa de la abacial. Se compone de capilla mayor poligonal (cinco lados, esto es, un semidecágono) y girola con tres capillas radiales tangentes. Se accede a la capilla mayor, que no posee tramo recto presbiterial, por medio de un arco triunfal semicircular de sección prismática lisa. Voltea sobre columnas entregas que reiteran (fustes despezados en tambores, tipos de basas y capiteles) soluciones ya descritas en otros puntos del edificio.

El cierre de la capilla mayor presenta en su cuerpo inferior cuatro grandes columnas emplazadas en los mis-

mos puntos que las pilas de la cripta. Exhiben fustes con tambores lisos y basas áticas, de toro inferior aplastado, dispuestas sobre plintos paralelepípedicos montados, a su vez, sobre altos basamentos prismáticos rematados por una saliente moldura convexa lisa. Los capiteles son todos de tipo vegetal, mostrando los cimacios, con perfil de nacela, motivos geométricos como ornato.

Sobre las columnas citadas voltean cinco arcos apuntados (los extremos lo hacen también en pilastras entregas en los machones, nada novedosas, en todo caso, en su conformación) de marcado peralte, simples y de aristas vivas. Por encima de ellos se dispone un lienzo de muro desnudo, delimitado por una imposta compuesta por una combinación de molduras lisas, cortado verticalmente por cuatro columnas, más adosadas que entregas, emplazadas en los ángulos del polígono que cierra la capilla. Estas columnas, en las que descansan los nervios de la bóveda que cubre el espacio absidal, poseen fustes divididos en tambores. Se alzan sobre basas áticas, de ancho toro inferior, con cuya composición (estas últimas dibujan en planta un trébol, solución concebida para recibir una estructura de soporte triple) no concuerdan, desajuste, no señalado hasta el momento por ninguno de los muchos estudiosos de la iglesia, que permite pensar en la existencia de un cambio de esquemas, de capital significación, como se verá, en la conformación del apoyo. Esas basas se asientan sobre plintos prismáticos lisos que adoptan la misma disposición que ellas, proyectándose el apéndice frontal más allá de la superficie proporcionada para el apeo del soporte por el vuelo del cimacio que corona los capiteles del piso inferior. Los de las columnas que ahora comentamos, de menor entidad que aquéllos, muestran asimismo elementos fitomorfos (un solo piso de hojas, lisas unas, nervadas otras, algunas con ejes perlados).

Se cubre el ábside con una bóveda de crucería compuesta por seis nervios que delimitan cinco plementos cóncavos. Los nervios, de sección prismática, se componen de dos baquetones separados por una media caña, molduras, las tres, lisas. Convergen en una clave común, independiente de la del arco triunfal de acceso. Se apoyan los centrales en las columnas descritas, haciéndolo los extremos, de manera forzada, sobre la esquina interior del machón de ingreso, cuya arista, a partir de la altura de los riñones del arco peraltado inferior, talla un baquetón, tan grueso que casi es idéntico por su diámetro a las columnas citadas.

En cada uno de los tramos de cierre de la capilla mayor y sobre la imposta ya descrita, penetrando en parte en los tímpanos de los plementos de la bóveda, se abre una ventana. Responden todas, de tipo completo,



Capilla mayor

las únicas que lo ofrecen en el templo, a un mismo modelo. Constan de una sola arquivolta de medio punto y chambrana de igual directriz. Aquélla mata su arista en baquetón liso, mostrando la rosca una escocia ceñida externamente por una fina moldura convexa, lisa como ellas. La chambrana, de perfil recto, se decora con una vistosa sucesión de hojitas, similares a ovas, con nervio central marcado, inscritas en pequeños alvéolos. La arquivolta descansa en columnas acodilladas de fustes monolíticos, basas áticas con ancho toro inferior, sobre altos plintos, y capiteles vegetales. Sus cimacios, con perfil de nacela lisa, se prolongan en imposta, sirviendo de mediación entre la chambrana y el muro.

En torno a la capilla mayor se dispone la girola. Su altura y anchura son las mismas que las de las naves laterales del cuerpo longitudinal. Se accede a ella, desde el crucero, por medio de arcos semicirculares, peraltados y doblados.

El mayor, sólo en la semicircunferencia, ofrece una combinación de molduras cóncavas y convexas lisas, exhibiendo el otro arco, en todo su desarrollo, una sección prismática también sin ornato.

Voltea la dobladura de los arcos que reseñamos sobre los machones que enmarcan el acceso, haciéndolo el arco menor sobre columnas entregas que reiteran soluciones ya conocidas. Debe señalarse como novedad que los soportes externos, con basas áticas asentadas sobre plintos semicilíndricos, se apoyan en un basamento circular, de arista superior matada por una marcada moldura convexa lisa, que ciñe todo el machón (llega hasta el límite frontal de la capilla abierta en el brazo del crucero), prolongándose en el muro de cierre del lado sur también, no en el norte, por el tramo colindante de la girola, cortándose en la puerta citada que comunica con las escaleras de acceso a la cripta y a los tejados.



Interior de la girola



Capiteles de la girola



Capitel de la girola

Puerta de entrada a la torre



Columnas de la girola



Cinco son los tramos de que consta el deambulatorio. Todos, trapezoidales, se cubren con bóvedas de crucería cuatripartita, con florones en la clave. Los nervios se componen de un toro enmarcado por nacelas, uno y otras lisos. Arrancan, enjarjados, de los ángulos formados, en un lado, el exterior, por los arcos que delimitan los tramos y el muro o los triunfales de ingreso a las capillas radiales, disponiéndose en algún caso, para facilitar la tarea, ménsulas angulares; y, de otro, el interior, de los constituidos por los mismos arcos y los que cierran el cuerpo inferior de la capilla mayor.

Los citados arcos fajones, simples, son semicirculares y peraltados. Exhiben sección prismática aristada. Descansan, hacia la capilla principal, sobre el cimacio, de gran amplitud, como ya vimos, que corona los capiteles del cierre inferior de aquélla. En el costado opuesto voltean sobre columnas entregas. Sus fustes, lisos, se componen de varios tambores de altura igual a la de las hiladas del muro en que se empotran. Las basas adoptan el habitual esquema ático, con ancho y aplastado toro inferior. Se sitúan sobre plintos semicilíndricos montados, a su vez, en salientes basamentos, también cilíndricos, de arista superior perfilada por un grueso baquetón sin ornar. Los capiteles ofrecen mayoritariamente decoración vegetal, exhibiendo algunos *crochets*. Un vistoso cimacio, prolongado en imposta, los corona. Supeditado a la conformación curva del soporte, muestra una combinación de molduras cóncavas y convexas sin decoración.

En el primer tramo de cada costado de la girola se hallan las puertas, estrechas, de acceso a las escaleras que conducen a la cripta y también a los torreones superiores. Se organizan de la misma manera, con un tímpano semicircular sobre mochetas (repárese en una del lado sur, ornamentada con una cabeza barbada, y en otra del costado opuesto que exhibe frontalmente seis arquitos de medio punto), enmarcado por un arco, también de medio punto, a paño con el muro. En el tímpano de la meridional, perfilado por un festón de arquitos de herradura (7), se dispone una estrella de seis radios, inscrita en un círculo, flanqueada por dos flores con botón central; en el del otro lado se halla, inserta también en un círculo, una cruz patada de cuyos brazos horizontales, decorados con incisiones circulares y ovoidales, como los verticales, penden, de izquierda a derecha, las letras omega y alfa.

A los tres tramos centrales de la girola se abren las capillas radiales, tangentes, como ya significamos. Se ingresa en ellas por medio de arcos triunfales que, salvo en el apuntamiento que muestra el de la ubicada en el lado norte, repiten los datos comentados al hablar de los arcos fajones del deambulatorio, reiterando sus soportes los rasgos que ofrecen los del frente exterior de estos últimos.

Las capillas poseen planta semicircular precedida de tramo recto. Se cubren con bóvedas de nervios. Éstos, seis en cada parcela, convergen en una clave decorada con florón, en dos casos con pinjante. Exhiben los nervios un esquema similar al que vemos en los que se hallan en la capilla mayor, del que les diferencia sólo la moldura central, de perfil recto, no semicircular. Se apoyan, cuatro, en columnas que reiteran en todo lo ya comentado en los soportes externos de la girola (a destacar en ellos, por su especial trascendencia, la abrumadora presencia de capiteles de *crochets*, con hojas naturalistas y desbastado troncocónico), haciéndolo los otros dos, los más próximos a la entrada, sobre la esquina de las pilastras-responsión que flanquean esta última, una esquina tallada en grueso baquetón liso rematado en sus extremos en *congés*. Todas las columnas se disponen sobre un banco de arista perfilada por baquetón sin ornato, prolongación del que remata el basamento circular ya mencionado, sobre el que se asientan los soportes que enmarcan el ingreso.

Las tres capillas resuelven su iluminación de un modo idéntico: mediante tres ventanas con acusado derrame interior, cerradas por arco de medio punto aristado y sin ornato, volteado directamente sobre las jambas, también lisas, practicadas todas en la parcela semicircular de la estancia. En ella y en el tramo rectangular inmediato se conservan, en la capilla norte, significativos restos de pintura mural, con toda probabilidad del siglo XVI.

La cabecera de la iglesia ofrece en su exterior un aspecto grandioso, reforzando su vistoso emplazamiento, con el desnivel ya comentado, la espectacularidad de la superposición, combinando formas de proyección semicilíndrica, de los tres cuerpos que la conforman: la cripta, la girola y la capilla mayor. Ocupa el cuerpo bajo la estructura curva, semicilíndrica, de la cripta. Su paramento externo, asentado sobre seis retallos escalonados, todos achaflanados, y construido, como el interior de la estancia, con un aparejo de sillería granítica muy cuidado, se exhibe en toda su lisura y desnudez, sin aditamentos de ningún tipo. Sólo alteran su uniformidad los huecos de las tres ventanas, con arco de medio punto aristado, que lo perforan. Debajo de la meridional se halla un epígrafe de gran interés, como se verá. Dice sencillamente ERA MCCVIII K(a)L (endas) IUN(ia)S, es decir, 1 de junio de la Era 1209 (año 1171).

Sobre este basamento se alzan las tres capillas radiales, semicirculares y tangentes. Sus hemiciclos, con aparejo muy cuidado también, están divididos en tres tramos por medio de contrafuertes prismáticos. En cada uno de ellos se abre una sencilla saetera semicircular. Los aleros de las capillas, con perfil de nacela lisa, se apoyan en canchillos de proa.



Ábside

Culmina el bloque oriental de la abacial el cierre de la capilla mayor, compuesto por dos parcelas, una recta y otra semicircular, muy bien delimitadas. Ésta reparte su desarrollo, mediante contrafuertes prismáticos, en tres ámbitos, dotados todos, al igual que los del tramo recto, con ventanas. Sus características así como las del alero (tipo de cobijas y de canecillos) repiten las descritas en el cuerpo inferior.

El crucero está perfectamente marcado. Flanquean los muros orientales de los brazos, rematados por cornisas que prolongan las de la capilla mayor, repitiendo su esquema, sendos cuerpos prismáticos lisos, a manera de torres, más desenvuelto el del lado norte, que alojan las escaleras de caracol ya comentadas al describir el interior. En ambos muros, en el tramo contiguo a la citada capilla, se disponen rosetones cuya tracería original desapareció. Lo mismo sucedía en el costado frontero del crucero, recompuesto en el transcurso de los trabajos de restauración de la iglesia. Debe señalarse en unos y otros, en cualquier caso, la presencia en las arquivoltas y chambranas, tanto en el interior como en el exterior, de motivos (arquitos de herradura, elementos vegetales) de inequívoca progenie mateana.

El hastial meridional del crucero, enmarcado por contrafuertes prismáticos escalonados de distinta configuración, no dispone de comunicación con el exterior. Su cuerpo inferior exhibe un destacado retallo escalonado, doble (seis bandas el más bajo, dos el otro), ocupando el superior un rosetón, hoy sin tracería, cuya chambrana muestra una decoración fitomorfa dispuesta en sentido radial, igual a la que se encuentra, por ejemplo, en otros puntos del mismo transepto.

Otro rosetón centra la parte alta del hastial opuesto. Éste sí conserva su tracería, geométrica (una combinación, en forma de cruz, de cuadrifolios con calados arcos de herradura muy pronunciados, casi círculos, en su interior), reiterando la chambrana la misma decoración de carácter vegetal que acabo de reseñar.

En el cuerpo bajo de este hastial, flanqueado también por contrafuertes con remate escalonado, se abre, ligeramente resaltada sobre el paramento mural, que exhibe un alto retallo escalonado, una puerta, no la única, como se verá, que comunicaba la iglesia con las dependencias monásticas. Se dispone más entre dos pilastras que entre contrafuertes, unidos por un alero montado en tres canecillos. Consta de una sola arquivolta de medio punto y chambrana de la misma directriz. Talla aquélla su arista en grueso baquetón liso, exhibiendo ésta una cuidada decoración de finas hojas de acanto, de filiación mateana, asentadas radialmente. Voltea el arco sobre columnas acodilladas, con fustes monolíticos, basas áticas y capiteles vegetales

(desaparecidos los tres componentes de la jamba este). Los cimacios, conservados los dos, muestran palmetas. La chambrana, por su parte, se asienta en los contrafuertes de enmarque, recortados justamente para posibilitar esa labor, dato que permite pensar no tanto o no sólo en dos momentos constructivos diferentes cuanto sobre todo en que, en un principio, se había previsto instalar una puerta más sencilla, de menor envergadura y desarrollo.

La arquivolta de esta puerta cobija un tímpano monolítico liso. Se apoya en mochetas que muestran dos excelentes figuras de ángeles, lamentable y torpemente mutiladas.

En el cuerpo longitudinal del templo se acusan con claridad las tres naves que lo componen, la central más elevada que las laterales, éstas cubiertas con un tejado a una sola vertiente, aquélla, a juzgar por el piñón de la fachada de poniente, con otro a dos aguas.

Los paramentos externos de las naves se dividen, por medio de contrafuertes prismáticos, escalonados en su zona alta, en tres tramos. Llegan los estribos hasta la cornisa. La organización de ésta no ofrece ninguna novedad con respecto a lo ya visto. En cada uno de esos tres tramos, por otro lado, se disponen saeteras, de mayor altura las de los costados de la nave mayor y, de los de las laterales, más altas también, exceptuada la del tramo segundo, más corta y más ancha, las del norte que las meridionales. La presencia en el muro de la colateral sur, junto a los contrafuertes, de varias ménsulas, sugiere que en esta zona de la iglesia pudo haberse dispuesto en su día un pórtico o cobertizo.

En el tramo central de la nave septentrional, cobijada por un arco que une los contrafuertes que la flanquean, se abre, descentrada, una puerta que comunicaba con la adyacente galería claustral. Tiene una sola arquivolta semicircular y una chambrana de la misma directriz, ambas con su arista matada por un bocel, liso como todas las molduras de la portada. El arco se apoyaba en columnas acodilladas, desaparecidas, permaneciendo sólo, deteriorados, los cimacios, de nacela sin ornato, prolongados en imposta que media entre la chambrana y el muro. Además de la más austera, es también la única portada de la iglesia que no posee tímpano, ofreciendo el hueco central, como remate, un arco, también de medio punto, volteado sobre mochetas cortadas en forma de proa.

Muy distinta de la anterior es la portada, asimismo descentrada, que se practica en el tramo de poniente de la nave lateral meridional. Tremendamente dañada, consta de dos arquivoltas semicirculares y una chambrana de igual directriz. La arquivolta menor muestra, en el centro, a Cristo, en la actualidad decapitado, bendiciendo con la mano derecha y con un libro abierto en la izquierda, acompañándole a cada lado, en disposición radial, tres án-



Portada sur



Arquivoltas de la portada sur

geles, sentados como Cristo sobre una moldura tórica, con las alas desplegadas, unos con las manos juntas, en actitud de oración, otros con las palmas abiertas. La arquivolta superior ofrece once grandes cuadrifolias con botón central. La chambrana, por su parte, se decora con hojas de acanto trepanadas, dispuestas, como todo el ornato del ámbito de cierre de la portada, en sentido radial.

Volteaban las arquivoltas sobre columnas acodilladas. De ellas sólo quedan hoy los huecos. Sí persisten los cimacios, decorados con florones y que, al prolongarse ligeramente en imposta, sirven de apoyo a la chambrana. La manera de acomodarse tanto ésta como la imposta en su lado oriental, aprovechando en un caso el escalonamiento lateral del contrafuerte, introduciéndose en el otro en él, sugieren que la portada se instaló con posterioridad a la construcción del estribo, haciendo más sorprendente, si cabe, su descentramiento con respecto al tramo.

El arco menor de la portada cobija un tímpano en el que se aprecian los huecos verticales de las tres lastras en las que se desplegaba su programa iconográfico, desaparecidas antes de los años finales del siglo XIX, época, exactamente

de 1897, de la que proceden las más antiguas fotografías conocidas, fechadas, del edificio, de la autoría de Francisco Zagala, el fotógrafo "oficial" de la renombrada Sociedad Arqueológica de Pontevedra. Descansaba el tímpano sobre mochetas decoradas con figuras ahora también mutiladas.

Todo en esta portada, de indudable calidad, trae a la memoria (composición, motivos figurados y vegetales, talla) el recuerdo de las formas y principios del Maestro Mateo, progenie mencionada ya en otros lugares de este mismo texto.

La fachada principal del templo, la oeste, se divide, en consonancia con la distribución interior del edificio, en tres calles, la central destacada y flanqueada por dos sólidos contrafuertes, el septentrional reformado en el siglo XIV (verosíblemente en 1322, año(?) que figura en el epígrafe, hoy ilegible y de difícil lectura ya cuando lo publicó en 1941 J. Carro García, que ostenta el meridional en su parte inferior: E:D MILL: CCC:L:X VS) para construir la torre mencionada ya al analizar el interior.

Las calles laterales se cierran con un arco de medio punto de sección prismática, liso, volteado directamente



Portada occidental



Detalle de la portada occidental

sobre el muro, exhibiéndose las jambas con sus aristas vivas. Cobija cada arco, a paño con el paramento, un pequeño rosetón, decorado con tracería geométrica, enmarcado por arquivolta lisa y chambrana con ornamentación vegetal.

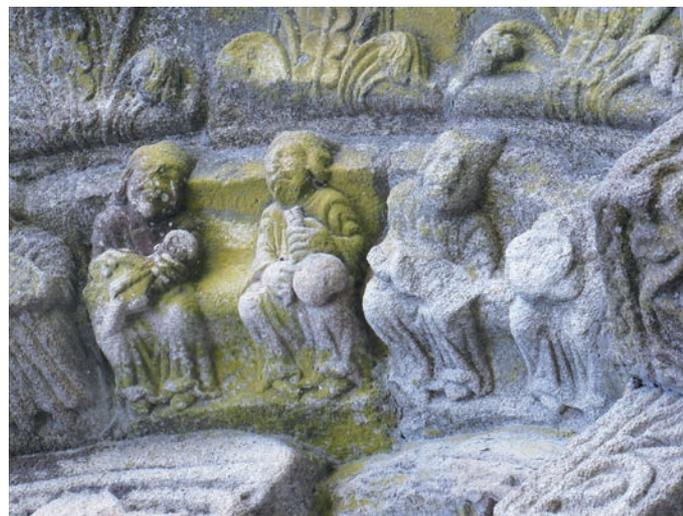
El tramo central de la fachada se estructura, en alzado, en dos cuerpos, separados por un tejeroz liso apoyado en sencillos canecillos. Ocupa el piso alto un descentrado rosetón que repite por este frente, en su conformación perimetral, la composición del interior: una sola arquivolta de arista tallada en baquetón liso, con rosca también sin ornato, y chambrana decorada con puntas de diamante. Como ya se dijo, no pertenece a la organización inicial del hastial, siendo producto de una reforma propiciada por la construcción de la mentada torre. Vestigios de su antecesor, de mayores dimensiones y centrado en el tramo, son también visibles por este lado exterior.

Nuclea el cuerpo inferior de esta calle central de la fachada de poniente una portada de gran riqueza, lamentablemente muy disminuida hoy con respecto a lo que fue en origen. Consta de cuatro arquivoltas semicirculares y chambrana de la misma directriz. Tres arquivoltas, las dos interiores y la exterior, se decoran con elementos fitomorfos de inequívoca progenie mateana, filiación que explicitan asimismo las hojas de acanto rizadas, presentes también en otras zonas del templo, que ofrece la chambrana.

De inspiración mateana es asimismo la única arquivolta todavía no mencionada, la tercera desde el interior. Se disponen en ella, tocando instrumentos musicales y con redomas, un total de veintitrés Ancianos apocalípticos, al presente maltrechos, obvia derivación, por su iconografía, emplazamiento y estilo, más allá de su inferior calidad, de la arquivolta que circunda el tímpano asentado en el tramo central del Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago.



Ancianos del Apocalipsis



Ancianos del Apocalipsis



Ancianos del Apocalipsis



Ancianos del Apocalipsis

Volteaban las arquivoltas sobre columnas acodilladas. De ellas, dispuestas sobre altos zócalos, alguno decorado, no quedan actualmente más que los cimacios, ornados mayoritariamente con florones carnosos, otro motivo de neta ascendencia mateana. Se prolongan ligeramente en imposta por el frente del muro, sirviendo de intermediarios entre éste y la chambrana.

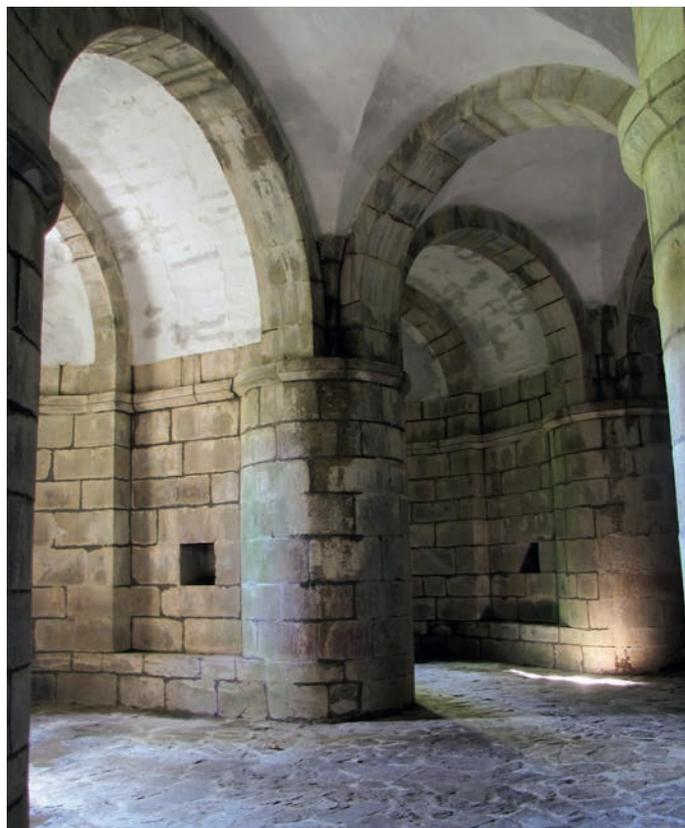
La arquivolta menor cobija un tímpano semicircular. Asentado sobre mochetas que exhiben figuras de ángeles con cartelas, ahora muy deterioradas, lo presidía, como atestiguan viejas fotografías, una representación de Cristo sedente, coronado y sin nimbo. Rodeado por el Tetramorfos, bendecía con la mano derecha y sujetaba con la izquierda un libro apoyado sobre la pierna del mismo lado. Hoy sólo permanecen en su emplazamiento, mutilados,

los símbolos de Mateo y Marcos. De las otras tres figuras quedan *in situ* los huecos en los que se insertaban las lastras correspondientes a las figuras. Se exhiben éstas actualmente en el Museo Marés, en Barcelona.

En conclusión, la iglesia de Carboeiro, como se desprende de lo reseñado y pese a lo que ha sufrido a lo largo de su azarosa historia, es un monumento excepcional. Su singularidad, valorada ya en lo esencial, sorprendentemente, en la segunda década del siglo XVII por el Padre Yepes y en la que confluyen y se refuerzan mutuamente emplazamiento, estructura y decoración, es incuestionable. Las particularidades de su fábrica, sobre todo las que explicita su cabecera, con dos pisos superpuestos, la han situado con frecuencia en el centro de debates de capital significación para el desarrollo de las manifestaciones constructivas (en



Relieve de la portada occidental



Cripta

menor medida, sin duda, para las de alcance decorativo) en los territorios occidentales de la Península Ibérica (Reinos de Castilla y León en particular) en el arranque del último tercio del siglo XII. No todas las veces, sin embargo, han sido planteadas correctamente esas discusiones, lo que ha hecho que algunas propuestas, todas valiosas, en cualquier caso, sean difíciles de aceptar.

Vista la información que nos transmiten los epígrafes ubicados en el paramento exterior del cierre de la cripta y en el interior del primer tramo de la nave meridional, separados en el tiempo por un solo mes –1 de junio de 1171 el primero, 1 de julio del mismo año el segundo, indicándose aquí que en ese día el abad Fernando, en compañía de sus monjes, *hoc templum fundavit*, es decir, dio comienzo a su construcción–, parece verosímil pensar, como ya intuyó en su día J. Carro García y precisó más tarde I. G. Bango, que la inscripción de la cripta debe señalar la terminación de sus trabajos, culminación imprescindible para poder acometer la ejecución del piso superior.

La cripta, de construcción muy cuidada, como vimos, nada tiene que ver con la arquitectura que por entonces, alrededor de 1171, se hacía en Galicia. Todo en ella y en especial los ingredientes que más y mejor la significan –la organización de la cabecera, con el gran cierre semicilín-

drico en el que se embuten las tres capillas radiales, y las poderosas pilas terminadas en sencilla imposta– remite a precedentes ultrapirenaicos, borgoñones sobre todo (Saint-Philibert de Tournus ha sido invocado reiteradamente y de manera muy pertinente a propósito de las gruesas pilas; la gran cabecera de Clairvaux III, pese a que emplea capillas de cierre recto en la girola y por ello su perfil exterior es poligonal, no semicircular, puede traerse a colación como inspiradora de la solución de remate con un muro continuo).

La coincidencia de alguna de estas fórmulas con las que se aprecian en otros edificios peninsulares más o menos contemporáneos ha llevado a tratar de buscar vínculos directos entre ellos. Es lo que acontece en concreto, como opina I. G. Bango, con la cabecera de la Catedral de Ávila, el popular "cimorro", de conformación idéntica a la de la cripta de Carboeiro, de la que, en cuanto a esquema, sólo se distingue por su mayor envergadura (nueve capillas radiales frente a tres). No creo, sin embargo, que sea imprescindible buscar lazos directos entre las dos fábricas para justificar esas semejanzas, perfectamente explicables a partir de la formación de sus respectivos responsables en un mismo ámbito, localizable sin duda, visto lo indicado, en Borgoña, región clave para entender también lo que nos ofrece la cabecera de la iglesia abacial de Carboeiro.



Girola



Ábside sur

No siempre ha sido interpretada adecuadamente esta última parcela tanto en lo que por sí misma supone como en su relación con el resto del edificio. De su análisis detenido se desprende, de entrada, que su arranque no puede desligarse de la planta inferior y, en segundo lugar, que su ejecución no es producto de un solo impulso ni de la intervención de un mismo y único equipo.

La cabecera del templo, en efecto, se acomoda en su distribución (capilla mayor, girola y ábsides a ésta abiertos) al esquema que posee la cripta, de la cual, en esencia, viene a ser su proyección. Cambia entre ambas parcelas, como pudimos ver, el vocabulario constructivo y decorativo que exhiben y también, como consecuencia de ello, la imagen que ofrecen, el impacto que producen, una disparidad que se entiende a partir de los cometidos específicos que cumple cada uno de esos ámbitos: mientras la cripta nace de una necesidad estructural, adaptándose las formas, sólidas, robustas, sin prácticamente ornato (sólo un sencillo entrelazo en un arco), a su función portante, el protagonismo en relación con el culto de la cabecera de la abacial explica el empleo de formulaciones constructivas y ornamentales más cuidadas, en apariencia, sólo en apariencia, más avanzadas que las precedentes. La filiación claramente borgoñona de buena parte de los ingredientes

que la conforman, sobre todo, como se dirá, en el primer cuerpo del conjunto, idéntica, pues, a la que señalé para la cripta, permite pensar en la vinculación de las dos zonas al mismo maestro y a un mismo impulso edificatorio.

El examen detenido de la cabecera de la iglesia, frente a lo que habitualmente se sostiene, revela, sin embargo, que no es un conjunto unitario, que su materialización final, fruto de la incorporación durante los trabajos de un nuevo equipo, no se corresponde con las previsiones iniciales. Un primer dato, comentado en la descripción y no valorado hasta el momento, lo corrobora plenamente: el desajuste entre los fustes de los soportes sobre los que voltean los nervios de la bóveda que cubre la capilla mayor y las basas en que descansan. No hay correspondencia entre unos y otras. Éstas, con un diseño en planta en forma de hoja de trébol, están concebidas para recibir, como lógico anticipo del perfil programado para los nervios que ofrecería la cubierta abovedada, haces de tres fustes, el central destacado sobre los laterales, una solución, con precedentes conocidos en la Isla de Francia y en Borgoña, que encontramos también en un edificio hispano que, como se verá, ofrece múltiples concomitancias con el que nos ocupa: la iglesia del monasterio cisterciense zamorano de Santa María de Moreruela. Se emplea en ella, exacta-



Capiteles del cierre de la capilla mayor

mente, en el mismo lugar en que estaba previsto hacerlo en Carboeiro: en los soportes de los nervios de la bóveda que cubre el hemiciclo de la capilla principal, ámbito en el que los tres componentes que nos interesan (nervios, fustes y ménsulas) ofrecen, sin discordancias, el mismo esquema trebolado, no siendo significativa ahora, para nuestros intereses, la manera exacta en que se resuelve el arranque del conjunto (sobre un basamento, ligeramente saliente, emplazado encima del cimacio, tal como acontece también en empresas del primer gótico de la Isla de Francia y su entorno —sería el caso, en el mismo lugar, de la Catedral de Noyon—, en Carboeiro; sobre una ménsula autónoma, desligada de la columna inferior, en Moreruela).

El cambio de planes (o, si se quiere, de la manera de llevarlos a cabo, pues, evidentemente, el tipo de cubierta prevista era el mismo, con diferentes ingredientes, como es obvio, que se ejecutó finalmente) que la falta de adecuación entre los diversos elementos se documenta en la abacial de Carboeiro debe de ser consecuencia de la marcha del equipo que inició los trabajos del complejo eclesial. Eso explicaría, además, otros fenómenos que en ella se detectan a partir de ese momento: la desaparición

de premisas de nítido abolengo borgoñón a medida que avanzan los trabajos y, en justa correspondencia con ello, la paulatina incorporación de formulaciones, particularmente decorativas, de inequívoca progenie mateana.

Puede afirmarse, pues, a partir de lo dicho, que la iglesia de Carboeiro fue iniciada por la cripta no mucho antes del 1 de junio de 1171, día en el que se dio por concluida, según cabe deducir del epígrafe que ostenta en su exterior, por un equipo de formación y procedencia borgoñona. Algo más tarde, el 1 de julio del mismo año, siendo abad Fernando, como explicita la inscripción de la nave meridional, dieron comienzo por la cabecera los trabajos de la abacial propiamente dicha, programada y empezada por el mismo colectivo. Todo en ella en cuanto a esquema y también, en un principio, en su materialización (estructura y decoración), apunta a precedentes o paralelos borgoñones, región en la que por las fechas en que nos estamos moviendo ya se habían adoptado y adaptado sugerencias de otros territorios, en particular del norte de Francia (Isla de Francia y dominios vecinos). Remiten a estos territorios y a Borgoña, en efecto, elementos o soluciones como el tipo de cabecera, con capillas semicirculares tangentes (su origen último, como ya comenté en otras ocasiones, se sitúa en la de la iglesia parisina de Saint-Denis, promovida por el afamado abad Suger y consagrada en 1144); la apertura de capillas, una por lado, en los brazos del crucero; modelos de capiteles, muchos, con desbastado troncocónico, ya de *crochets*; la molduración de zócalos o basamentos; perfiles de nervios; la presencia de *congés*; la manera de acometer, sobre el cimacio de las columnas del cuerpo bajo de la capilla mayor, la recepción del triple soporte programado, etc.

Muchos de los ingredientes citados los encontramos también en edificios o empresas próximas a Carboeiro en lo espacial y/o temporal, asimismo de inequívoco abolengo borgoñón. Ése sería el caso, sobre todo, de la abacial, ya citada varias veces, de Moreruela, cuya cabecera, según demostré cumplidamente en otro lugar, fue comenzada en 1162 y se replanteó alrededor de 1170, y del cuerpo inferior, la cripta o Catedral vieja, del macizo occidental de la Catedral de Santiago, complejo, iniciado en torno a 1168 y vinculado al magisterio del Maestro Mateo, en cuyo segundo nivel se inserta el Pórtico de la Gloria.

Esta última estancia en particular, sin duda también por su mayor cercanía física y por la similitud de su función (actúa asimismo, en efecto, como basamento, en este caso del bloque de poniente, no del de nacimiento, como acontece en Carboeiro), ha sido puesta en relación, repetidamente, con la iglesia que nos ocupa, adjudicándose incluso su autoría unas veces al mismo responsable del

conjunto compostelano, el citado Maestro Mateo (receptor en febrero de 1168 de una importante donación de Fernando II que atestigua que entonces ya trabajaba en la Catedral, con toda probabilidad en su parcela occidental), otras a alguien formado con él. No comparto, pese a las indudables similitudes existentes entre los dos monumentos, que atañen, en todo caso, a elementos genéricos (perfiles de basamentos, cimacios y nervios), ninguna de las dos opciones, como tampoco estoy en condiciones de afirmar, pese a que en esta ocasión explicitan el parentesco soluciones de mayor entidad y significación (reparemos, por ejemplo, en las capillas abiertas a los brazos del crucero o en el modelo de cabecera, con capillas también tangentes), que haya habido una relación directa entre nuestro equipo y el que interviene en Moreruela. Frente a esas incuestionables concomitancias, las diferencias, que también existen y son notorias (la materialización de las capillas radiales, por ejemplo, es completamente diferente tanto en lo estructural como en lo ornamental), invitan a

pensar en artífices diversos que comparten su horizonte formativo, ubicado incuestionablemente más allá de los Pirineos, en tierras de Borgoña, región de la que, como es bien sabido desde los estudios de E. Lambert en los años veinte del pasado siglo, se nutrieron en buena medida las manifestaciones artísticas de los reinos de Castilla y León a partir del último tercio del siglo XII. Él mismo, inducido a error por la planimetría que consultó, elaborada por V. Lampérez, vinculó la organización de la cabecera de nuestra iglesia, a través de la de Vézelay, con la de Saint-Denis, propuesta, formal y cronológicamente hoy inaceptable, de la que nos interesan en cambio, por ser muy precisos, los dos ámbitos territoriales de referencia que señala: la Isla de Francia (Saint-Denis) y Borgoña (Vézelay).

A tenor de lo hasta aquí indicado, es decir, del análisis detenido del edificio y de la filiación que explicitan las soluciones y elementos que lo conforman, cabe afirmar rotundamente que la abacial de Carboeiro fue programada e iniciada por un equipo de formación y procedencia

Naves central y del evangelio



borgoñona, conoedor, por ello, de soluciones de otro abolengo implantadas ya en esa región. Ejecutaría la cripta y planificaría la iglesia superior, llevando a cabo, en sus zonas bajas, parte de la capilla mayor, la girola y las capillas radiales, detectándose su trabajo también en el cuerpo inferior del brazo sur del crucero, capilla del lado oriental incluida. Este equipo, por razones que desconocemos, abandonó Carboeiro, continuando su trabajo, con toda probabilidad tras un breve período de trabajo en común (los rasgos esenciales de la mayoría de los capiteles del cuerpo inferior del cierre de la capilla mayor son ajenos a ese grupo inicial; la solución preparada para la recepción de los soportes de los nervios de su bóveda está en consonancia, en cambio, con su horizonte estilístico, lo que invita a pensar en una etapa, sin duda muy corta, de coexistencia o, si se prefiere, de tareas compartidas, si no, simplemente, de la supeditación del nuevo grupo, en un primer momento, a los esquemas, pronto dejados de lado, del equipo anterior), otro colectivo, éste sí de inequívoca filiación compostelana o, mejor aún, mateana, progenie hasta entonces desconocida en el templo. Es él el que termina la cabecera (se documenta inicialmente su presencia en un capitel novedoso, aislado, decorado con acantos de ejes perlados ubicado en la capilla radial norte, muy distinto de los restantes, todos con *crochets*, modelo éste por entonces desconocido en Santiago, correspondiéndole al mismo grupo la ejecución de las bóvedas nervadas de esa capilla, las de las dos inmediatas y las de la girola: las claves, con florones y en algún caso con pinjantes, remiten a modelos presentes en la cripta y en el Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago), introduciendo modificaciones en su diseño, estructura y decoración (los muros de cierre del deambulatorio, en sus costados sur y norte, no son iguales; altera la solución programada para la recepción de los fustes en los que debían de apoyarse los nervios de la bóveda de la capilla mayor; incorpora nuevos modelos de capiteles, con acantos y ejes perlados, del tipo comentado en la capilla radial septentrional, etc.).

Proseguirá su labor este segundo grupo por el brazo norte del crucero, parcela en la que se aprecian cambios sustanciales con respecto a la opuesta desde la zona inferior (son diferentes, por ejemplo, la conformación del arco triunfal y el emplazamiento de la ventana de la capilla ubicada en su flanco oriental o la organización del testero, con basamento no uniforme en su desarrollo y sin soportes angulares, alteración que conlleva, como mínimo, una modificación del sistema de apoyos de la cubierta, si no, sin más, del tipo de solución concebida para esa tarea) y en la que se inserta, en el cuerpo bajo del hastial septentrional, una portada, descentrada, no programada tal como

finalmente se ejecutó, que explicita rasgos de filiación claramente mateana, progenie que volveremos a encontrar, al margen de que en su materialización puedan señalarse manos y calidades diversas, en las portadas ubicadas en el costado sur del bloque longitudinal del templo y en la fachada occidental. Cabe relacionar también con este taller, que completaría la labor del anterior en el brazo sur del crucero (el basamento de la responsión occidental del arco fajón ya le pertenece), algunos de los capiteles presentes en el brazo mayor del edificio, zona de gran simplicidad estructural (reitera, independientemente del avance que en sí mismo comporta el empleo de bóvedas nervadas en las colaterales, previstas también para la central, soluciones que son comunes en la época) y de enorme complejidad decorativa, pues, junto a los reseñados, aparecen capiteles susceptibles de ser emparentados por sus rasgos con propuestas de abolengo cisterciense (a este ambiente, estrictamente coetáneo del mateano, por lo demás, remiten los fustes truncados, rematados en ménsulas, que vemos en los soportes de la nave central y en las responsiones del último formero de los dos costados) e incluso, en uno de los pilares del lado norte, hay dos de *crochets* y desbastado troncocónico, del tipo de los empleados en las capillas de la girola por el equipo iniciador de los trabajos. En ninguna de las piezas presentes en el interior de la iglesia, en cualquier caso, encontramos elementos figurados, tendencia simplificadora que, fruto del impacto ideológico ejercido por la Orden del Císter, es muy frecuente también en empresas del momento.

Resulta cómodo, según ya se indicó, datar el inicio de las labores de edificación de la iglesia abacial de Carboeiro que llegó hasta nosotros. Los dos epígrafes de 1171 tantas veces referidos no admiten dudas, fijando el del exterior de la cripta –1 de junio de 1171– la terminación de los trabajos de esa parcela, aludiendo el de la nave meridional –1 de julio del mismo año– al comienzo de la construcción del templo propiamente dicho, tareas, una y otra, desarrolladas, como se recuerda en la segunda inscripción, durante el mandato del abad Fernando, fallecido, como señalaba su desaparecido epígrafe funerario, en 1192, treinta años después de su primera mención documentada como superior de la comunidad.

Más difícil, frente a lo anterior, es delimitar la cronología de las campañas, tres con toda probabilidad, y la fecha de conclusión del templo. Por lo que respecta a aquéllas, la primera debe situarse entre 1171, obviamente, y una data imprecisa en la década de los ochenta, no muy alejada de 1188, año en el que, bajo la dirección de Mateo, se asientan los dinteles del Pórtico de la Gloria de la Catedral compostelana y en el que también se consagra el



*Puerta de
acceso a la torre norte*

altar mayor de la Catedral de Ourense, detectándose por entonces en ésta ya, con aplastante claridad, la presencia de artistas, excelentes, del entorno mateano, impacto que se puede tomar como referencia para fechar, dada su pro genie común y en atención también a la proximidad al punto de partida que explicitan algunos de los elementos en ella empleados, su aparición en la iglesia de Carboeiro, evidenciando esa documentación la irrupción de un nuevo equipo y, con ello, el arranque de una nueva etapa en su ejecución. Este colectivo, de inmediata extracción santiaguesa frente al abolengo nítidamente borgoñón del anterior, introduce cambios, como ya se dijo, tanto en lo estructural como en lo decorativo. Vistos los desajustes que se manifiestan en las partes altas de la capilla mayor y del crucero (también en la manera de resolver los arranques de las bóvedas que cubren las colaterales), cabe pensar con fundamento que los artistas mejor dotados de este equipo abandonaron el *chantier* antes de su terminación, asumiendo torpe y apresuradamente esta tarea, que puede darse por ultimada en el entorno del año 1200 o en los momentos iniciales del siglo XIII, los que en él quedaron. A tenor de los años en que nos movemos, resulta tentador relacionar el primer cambio de talleres con el fallecimiento, en 1192, del abad Fernando, iniciador e impulsor de la construcción de la abacial y una figura clave, más allá de los elogios que contiene su epígrafe funerario, en la histo-

ria de Carboeiro, monasterio que recibe el 30 de julio de 1199, siendo superior verosímilmente todavía el sucesor de Fernando, Pedro Fróilaz, una donación *ad opus ecclesie* de Urraca Fernández, hija del afamado conde Fernando Pérez de Traba.

Con posterioridad a los tiempos considerados, ya en el siglo XIV, exactamente en torno a 1322, año (?) que figura en un epígrafe de la fachada principal, ésta, como ya señalé, sufrió una importante reforma. Afectó, muy en particular, al cuerpo alto de la calle central y cabe suponer también que, al menos en el tramo más inmediato a ella, a la nave principal. No puedo concretar, finalmente, cuál pudo ser la finalidad de un epígrafe del año 1500, hoy desaparecido, ubicado "en lo alto del hastial S". Lo mencionan J. Filgueira Valverde y S. González García, quienes lo relacionan con la reedificación de la zona en que se insertaba.

MONASTERIO

Las dependencias comunitarias se disponen en el costado norte de la iglesia. Nada queda hoy, en pie, de las de tiempos medievales. Las que persisten, distribuidas en torno a un espacio que debe de corresponderse, en esencia, con el viejo claustro y más allá del momento en que pueda situarse el arranque de su materialización (antes o después,

al margen de los elementos que las conformen, de la Desamortización de 1835), son producto, en última instancia, de las intervenciones restauradoras recientes.

De época medieval, anterior al arranque de la actual iglesia, era, sin embargo, una puerta, conocida por fotografías y descripciones, desaparecida con posterioridad a 1941, año en el que J. Carro García publica su estudio sobre las inscripciones de Carboeiro en el *Archivo Español de Arqueología* y la reseña. Se hallaba, según se desprende de la información que proporciona el Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra, en el bloque constructivo que por el norte cerraba el patio claustral. Se componía de dos arcos de medio punto ligeramente peraltados, ambos de sección prismática aristada y lisos. El mayor, a paño con el muro en el que se insertaba, volteaba sobre columnas acodilladas. De ellas sólo quedaba el cimacio izquierdo, prolongado ligeramente en imposta por el frente del muro (el soporte derecho, si persistía, estaba oculto por un muro de mampostería adosado perpendicularmente, sin duda tras el proceso desamortizador, al bloque en el que se hallaba la puerta).

El arco menor se apoyaba en mochetas decoradas. Sobre ellas, ocupando sólo una parte del espacio disponible, se hallaba un dintel monolítico con remate angular tanto en su parte superior como en la inferior, la que cierra el vano. En su superficie frontal, en dos líneas superpuestas que siguen el trazado de la pieza, figuraba, según la lectura que ofrece J. Carro García, esta inscripción:

ERA I C L XXXVI ET QU(otum) K(a)L(end)aS A(u)G(usta)S
(in) (nomi)NE D(omini) N(o)S(tr)I IH(su) XR(i) AB(b)AS
FROILA FECIT ISTAM CEL(I)AM IUNCTA SUOR(um) FRAT(rum)
KATERVA

Es decir: "El 1 de agosto de la era 1186 (año 1148), en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, el abad Froila (hizo) esta celda junto con la caterva de sus hermanos".

Resta indicar, para terminar, que en los muros del "complejo monástico", empleados como material constructivo, y amontonados también, por otro lado, en el otrora "espacio claustral", se hallan numerosos elementos (tambores de fustes, capiteles, dovelas, alguna con decoración de arco de herradura, fragmentos de nervios, canecillos, basas, ménsulas, laudas, restos de epígrafes, etc.) procedentes del conjunto edificatorio complementario de la abacial. Su adecuada catalogación, imprescindible de entrada para garantizar su conservación, se presenta como una tarea inaplazable. Contribuirá, sin duda, a mejorar nuestro conocimiento sobre el que fue, en el tramo final del siglo XII y en el arranque del XIII, uno de los *chantiers* más importantes de Galicia, un país situado por entonces entre

los más avanzados del territorio peninsular en todos los ámbitos y muy en particular en el artístico.

Texto: JCVP - Fotos: CAM - Planos: AAR/JRC

Bibliografía

- ABAL, A., 2008-2009, p. 76-106; ÁLVAREZ LIMESSES, G., 1936, pp. 643-644; ARGÁIZ, G. de, 1675, III, p. 517; AZCÁRATE RISTORI, J. M^a, 1954, II, p. 475; AZCÁRATE RISTORI, J. M^a, 1974, p. 34; AZCÁRATE RISTORI, J. M^a, 1990, pp. 16 y 26; BANGO TORVISO, I. G., 1979, pp. 83-89 y 110-117; BANGO TORVISO, I. G., 1987, pp. 189-195; BANGO TORVISO, I. G., 1991a, p. 198; BANGO TORVISO, I. G., 1991b, pp. 158-159; BONILLA RODRÍGUEZ, A., 2000, pp. 253-254; BONILLA RODRÍGUEZ, A., 2008, p. 89; CAAMAÑO MARTÍNEZ, J. M^a, 1962, pp. 6 y 8; CARRO GARCÍA, J., 1940-1941, pp. 387-396; CARRO GARCÍA, J., 1942, p. 4; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, s.a., pp. 851 y 910-911; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1972, pp. 100-102; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973, p. 32; CHUECA GOITIA, F., 1965, pp. 244 y 246; D., M. de, 1925, pp. 14-16; ESTEBAN CHAPARRÍA, J. y GARCÍA CUETOS, M^a P., 2007, II, pp. 428-437; ESTUDIO PILOTO PREVIO, s.a. (1992); FERNÁNDEZ PÉREZ, S. M^a, 2004, pp. 28 y 92; FERNÁNDEZ REY, M., 2008, pp. 267-277; FILGUEIRA VALVERDE, J. y GONZÁLEZ, S., 1940-1941, pp. 59-68; FONTOIRA SURÍS, R., 1996a, pp. 226-228; FONTOIRA SURÍS, R., 2010, I, pp. 304-306; FREIRE CAMANIEL, J., 1998, I, pp. 669-675; GARCÍA ÁLVAREZ, M. R., 1964, pp. 641, 654 y 659; 1965, pp. 272-273, 280-282 y 317-319; 1966, pp. 308 y 323; GARCÍA CONDE, A., 1954-1959, pp. 109-113; GARCÍA CONDE, A., 1954-1959, pp. 215-216; GARCÍA IGLESIAS, J. M., 1989, p. 240; GONZÁLEZ, J., 1943, pp. 360 y 397; GONZÁLEZ, J., 1944, I, pp. 154, 222, 433 y 469, II, pp. 84-85 y 408-409; GONZÁLEZ BALASCH, M^a T., 2004, p. 607; GONZÁLEZ DÁVILA, G., 1650, III, p. 179; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 343; INTERVENCIONS NO PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO, 1997, pp. 108-109; LACOSTE, J., 2006, pp. 266-267; LAMBERT, É., 1924, pp. 181-190; LAMBERT, É., 1977, p. 51; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1908, I, p. 57; LÓPEZ FERREIRO, A., 1868, p. 182; LÓPEZ FERREIRO, A., 1883, pp. 342-344; LÓPEZ FERREIRO, A., 1894, pp. 66 y 427; LÓPEZ FERREIRO, A., 1899, II, pp. 419 y 438; 1900, III, pp. 288 y 417; 1901, IV, p. 279; LÓPEZ FERREIRO, A., 1901a, pp. 84-89; LÓPEZ FERREIRO, A., 1953, pp. 9-73; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1957, pp. 549-573; 1958, pp. 221-308 y 547-638; OTERO PEDRAYO, R., 1945, pp. 302-303; PALLARES Y GAIOSO, J., 1700, pp. 132 y 327; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, p. 59; PITA ANDRADE, J. M., 1961, pp. 4-5; RECUERO ASTRAY, M., GONZÁLEZ VÁZQUEZ, M. y ROMERO PORTILLA, P., 1998, pp. 106-107; RECUERO ASTRAY, M., ROMERO PORTILLA, P. y RODRÍGUEZ PRIETO, M^a Á., 2000, pp. 104-105 y 225-227; RICO CAMPS, D., 2010, pp. 130-131; RISCO, M., 1796, XL, pp. 136-137; SÁ BRAVO, H. de, 1965, pp. 32-37; SÁ BRAVO, H. de, 1972, II, pp. 385-392; SÁ BRAVO, H. de, 1976, pp. 52-58; SÁ BRAVO, H. de, 1978, pp. 576-584; SÁ BRAVO, H. de, 1983, pp. 346-353; SALGADO RODRÍGUEZ, J., 1879, p. 52; SÁNCHEZ BELDA, L., 1953, pp. 85-86; 116-117; 162-163; 203; 225; 295; 299; 309 y 323; SARTHOU CARRERES, C., 1953, pp. 268-269; SEIJAS MONTERO, M., 1998, pp. 225-247; SEIJAS MONTERO, M., 1999, pp. 117-140; SEIJAS MONTERO, M., 2001; STRATFORD, N., 1991, pp. 53-81; TORRES BALBÁS, L., 1922, p. 207; TORRES BALBÁS, L., 1952, p. 18; UN CURIOSO, 1894, pp. 149-152; VALLE PÉREZ, J. C., s.a., p. 150; VALLE PÉREZ, J. C., 1990, pp. 168-170; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, p. 155; VALLE PÉREZ, J. C., 1994, p. 33; VALLE PÉREZ, J. C., 2001, p. 125; VÁZQUEZ, A., 2001; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1904, pp. XIX, 225, 227-228, 232, 249, 264 y 266; WARD, M., 1978, pp. 30-52; YARZA LUACES, J., 1979, p. 268; YEPES, A., 1615, V, fols. 36, 38 y 433; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1986, pp. 121-151; YZQUIERDO PERRÍN, 1996, pp. 170-177; YZQUIERDO PERRÍN, R., 2008, pp. 333-336 y 345.